

www.libtool.com.cn

www.libtool.com.cn



www.libtool.com.cn



UNIVERSIDAD COMPLUTENSE



5319419220

3-5-14

www.libtool.com.cn

D 22287

R.
9-3-67

 www.libtool.com.cn
ementerio

DE LA

MAGDALENA.

tomo segundo,

www.libtool.com.cn

El Cementerio

de la www.libtool.com.cn

MAGDALENA.

POR

J. J. REGNAULT-WARIN.

CUARTA EDICION,

Corregida y aumentada con un Resumen histórico de la vida de LUIS XVI , y una Pintura poética de sus virtudes , espíritu y grandeza.

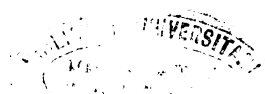
TOMO SEGUNDO.

VALENCIA:

OFICINA DE JOSÉ FERRER DE ORGA.

~~~~~

1829.



[www.libtool.com.cn](http://www.libtool.com.cn)







**EL CEMENTERIO**

**DE LA**

**MAGDALENA.**

---

**NOCHE SESTA.**

---

**V**olvamos á mí, que por un nuevo accidente vine á dar otra vez en la Abadía.

Al entrar en esta prision me separáron de mis compañeros, encerrándonos en distintos calabozos. En el mio se presentaban á la imaginacion funestos recuerdos: habíanle

ocupado en las terribles egecuciones de setiembre el señor de Montmorin, ministro del rey, Thierry, su ayuda de cámara, y los eclesiásticos Rastignac y l'Enfant, ancianos respetables, que salieron con resignacion á recibir la muerte, de la capilla donde absolviéron á otros infelices mártires.

Solo pasé una noche en esta mansion horrorosa, pues al dia siguiente me trasladáron á la Consergería, donde estuve sin comunicacion unas dos horas, al cabo de las cuales me llevó un alguacil á la sala de audiencia.

Á un grande bufete que ocupaba el centro, estaban sentados dos sugetos vestidos de negro, con plumages en los sombreros que tenian puestos, y por distintivo les ceñia

un cordon tricolor. Eran estos personajes el presidente, y uno de los ministros del tribunal extraordinario, establecido el 17 de agosto para juzgar á los sospechosos del nuevo delito de *contrarevolucion*. Hiciéronme un interrogatorio muy superficial acerca de mi connexion con la real familia, con lo que manifestáron tener noticia del motivo de mi primer arresto; mas fuese por parecerles este segundo ménos importante, ó porque el interrogatorio se reducía á una mera fórmula, lo cierto es que no me molestáron con muchas preguntas. Acabadas éstas mandáron que se me trasladase al Temple; por donde eché de ver que intentaban castigar mi celo en favor de los presos, haciéndome partícipe de sus cadenas; y como esto era para mí un

galardon , me encaminé alegremente á la torre , acompañado de los gendarmas.

Dejaronme en la antesala de la habitacion, donde dormí cuando hice al rey mi primera visita; pero no estuve allí mucho tiempo , pues en breve me pasáron á la misma habitacion.

Grande fue mi admiracion é igual el sentimiento de ver al lado de una mesa , ocupada por tres jueces , á los señores Maleshérbes , Chamilly y Clery , que estaban en pie con la cabeza descubierta ; y del mismo modo me hiciéron poner á su lado. Entónces conocí que estábamos ante el tribunal , señalado ya por su rigor implacable.

El juez que hacia de presidente, nos permitió sentar , y aun quedó á

nuestro lado una silla vacante. Ocupóla en breve una señora, á quien hiciéron comparecer, y que por su andar magestuoso, cabeza erguida y mirar altivo, *www.libtoul.com.cn* conocí era la reina. Es inesplicable la sensacion que me causó esta vista inesperada, pues aun no estaba hecho á ver la magestad real humillada y rendida á la fuerza popular.

Al entrar la reina nos levantamos los cuatro, y esperando á que se sentase, el presidente nos mandó ocupar las sillas. Hube de obedecer, insinuando á S. M. con una mirada, cuánto me costaba esta descortesía involuntaria.

En esto comenzó el proceso. El escribano leyó una acusacion corta y reducida á estos dos puntos: correspondencia de la reina con los

caudillos del partido emigrado que ha tomado las armas contra Francia, y medio con que han facilitado esta correspondencia los amigos de la reina. Acusábanla del primer artículo, y á nosotros del segundo; pero contra nosotros resultaban indicios vagos, fundados mas bien en presunciones que en hechos, al paso que habia contra S. M. una especie de prueba material, mas convincente.

En efecto, uno de los jueces que hacia de relator, manifestó en apoyo de la acusacion, un pañuelo de muselina, guarnecido de una larga cinta de papel fino, en que estaba escrita la carta siguiente:

## CARTA DE LA REINA.

(SIN DIRECCION.)

*(Documentos justificativos, núm. 11.)*

»Tenemos , segun me han dicho, dos partidos ; uno para restituir al rey el poder hereditario que le transmitió Henrique iv , y el otro para afianzar su autoridad disminuyéndola. Entrambos se perjudican por su rivalidad , y al contrario reunidos , pueden alterar las circunstancias y dar principio á nuevos acontecimientos. Para efectuar dicha reunion , á que accede el rey , exigen de mí , que sacrifique mis derechos y mi ternura maternal , renunciando dos tronos é igualándome con la much-

**dumbre. Esto es lo que pretenden, y esto lo que respondo.**

**Escenderia mi vileza y mi culpa á la de los sediciosos que me han encadenado, si comprase la libertad á precio tan indecoroso. Hija de un emperador, esposa de un monarca, y madre del delfin de Francia, no admito otra alternativa que morir, ó vivir coronada: mi destino es el trono, ó un cadalso. ¡Sangre real de María Teresa! protesto conservarte pura hasta el sepulcro, así como te he recibido: y tú, ilustre niño, á quien la naturaleza hizo mi hijo, y las leyes harán mi soberano, nunca podrás quejarte, ni de mi amor ni de mi respeto. Algun dia, cuando arranques á nuestros opresores el cetro ensangrentado de tus abuelos, repetirás con gratitud: mi madre**



**menospreció la vida y la libertad, por no comprarlas á costa del honor."**

Un corto silencio sucedió á esta lectura, durante la cual se notó en el semblante de la reina una noble indignacion. Maleshérbes, filósofo acostumbrado á leer en la espresion del rostro los afectos del corazon, estaba admirado del carácter heroico de la reina; yo la observaba enternecido, y los jueces mismos no podian mirarla sin veneracion. ¿Reconoceis esta carta? le preguntó el presidente. — Cuando la escribí, no tuve mas objeto que espresar mi pensamiento: ahora que es pública, bago alarde de haberla escrito. — ¿Quiénes son vuestros cómplices? — Esta pregunta supone otra, á la que hubiera respondido afirmativamente. ¡Cómplices!.... y ¿quién os ha dicho que

los tengo? — Vuestra carta, en que respondeis á una propuesta hecha anteriormente. — ¿Tan ingrata y vil me suponeis para revelar los autores de ella? — La ley os lo manda. — La justicia me lo prohíbe. — Las pruebas que ha adquirido el tribunal por medios legales, acreditan que tenéis al lado á vuestros cómplices. — Pues si lo sabeis, ¿á qué preguntármelo?

Perdió entónces Maleshérbes su serenidad, y levantándose con viveza, dijo: señor presidente, acabais de asegurar que conocéis á los sujetos á quienes escribía la reina, dándoles el dictado de cómplices, y aún habeis añadido que los tiene á su lado. ¿Por ventura hablais de nosotros? Aclarada en breve la verdad, respondió el presidente, se verá

confundida la impostura, cuyo castigo tienen preparado las leyes.

Volviéndose de nuevo á la reina, dijo: señora, ese heroismo que ostentais, no es otra cosa que un bello disfraz para encubrir el artificio. Por vuestra carta se justifica que hay dos partidos, el uno para restituir al rey la plenitud de una soberanía que el pueblo acaba de conquistar, y el otro para consolidar la autoridad real modificándola: encaminados ambos á sacar á vuestro esposo del encierro, decretado contra él por los representantes de la nación. Aunque estas dos facciones parecen irreconciliables, tenemos prueba de que hay entre ellas un punto de contrato. El primer eslabon de esta cadena, forjada contra nuestra libertad, está asegurado en

la orilla del Rhin, y el último en Paris, el cual ya le tenemos asido.

Contenta y sorprendida la reina al ver que por una apariencia engañosa, desconocia el tribunal la verdad del hecho, respondió al presidente: ya os he dicho que no sólo reconozco la carta, sino que la considero como un título honroso. ¿Podriais sin la mayor injusticia hacerme causa de unos pensamientos naturales y generosos? No negaré que he conspirado para restituir al rey la libertad y la corona; pero ¿quién de vosotros no hubiera hecho lo mismo en mi lugar? Cualquier monarca destronado conspira para adquirir de nuevo su trono, así como un preso para conseguir su libertad: á sus opresores toca el redoblar la vigilancia. Decís que libro

mis esperanzas en las tropas reunidas á orillas del Rhin: no os lo niego.

Cercada de perseguidores y de enemigos, ¿quereis que no acepte el servicio de los que se han armado por mi causa? ¿Desdeñais por ventura á los que defienden la vuestra? Estando los dos egércitos contrarios á la vista uno de otro, ¿no han de hacer todo lo posible para vencer y conseguir su objeto? ¿Cuáles son ademas las leyes que me prohíben estas tentativas? Vosotros, fieros enemigos, rivales soberbios de los reyes, ¿á cuál de ellos imitariais, autorizando unos decretos tan despóticos? En cuanto á las personas intermediadas que os imaginais ya descubiertas, debo deciros con mi genial franqueza que estais engañados. Una fiel paloma ha burlado la

vigilancia de las centinelas, trayéndome por el aire una lisonjera esperanza. Ignoro quien me la haya enviado; sólo sé que debía llevar colgada, bajo sus alas protectoras, la cinta en que iba escrita mi respuesta. Ahora bien, magistrados revolucionarios, ¿podrá espantaros una ave tímida? Si es preciso que se derrame sangre, venid al mirador donde se me permite pasear, y allí podréis coger á este gran delincuente, y sacrificarle á la seguridad del estado.

No es posible formar una idea exacta de la inflexion irónica que dió á su voz la reina, pronunciando estas últimas palabras, de la alegría interior que nos causó, y de la consternacion mezclada de despecho que alteró el semblante de los jue-

ces. Despues de un silencio vergonzoso, durante el cual la reina los miraba con un ceño triunfante, el presidente recogió en secreto los votos de sus compañeros, y en seguida nos declaró libres con voz muy turbada. Volviéndose luego á la reina, dijo: señora, mis opiniones y mi deber no me permiten desear el feliz éxito de vuestros anhelos, porque trastornaria al nuevo gobierno; pero el noble carácter, la grandeza, y serenidad de ánimo son admirables en todos tiempos, y sé hacer el debido aprecio de estas prendas que tanto os distinguen. Levantóse la reina, atravesó la sala con dignidad propia de la hija de María Teresa, y nos saludó con una indiferencia tranquila. Á Clery le fue permitido quedarse en el Temple, y yo salí de

él con los otros compañeros, quienes inmediatamente se retiraron á la alquería del señor Maleshérbes.

Edwino, á quien tenia sumamente inquieto mi nuevo infortunio, me abrazó con el mayor encarecimiento. La voz pública que le informó de mi segundo arresto, habia desfigurado en gran manera la verdad, y mi alumno me contemplaba condenado á morir en el cadalso, como Laporte y Durosoy. Por consecuencia el regocijo que manifestó al verme otra vez libre, fue igual al temor que le habia acongojado. Observando yo que no se atrevia á hablarme de los presos, le dí nuevas de ellos. Admirado de la entereza con que habia triunfado la reina, dijo: téngola por afortunada, pudiendo oponer á tantas desgracias



una frente serena y un carácter inflexible; pero su infeliz hija no tiene otras armas contra sus enemigos, que su amabilidad y ternura. Aquí se detuvo Fitz-Asland sonrojado, recelando sin duda haberme incomodado escediéndose. Y pues, querido, le dije estrechando su mano, ¿cómo está vuestro llagado corazón? Cada vez, padre amado, se empeora mas la herida, me respondió: en vano me hace ver mi razon la distancia que me separa del objeto á quien idolatro, pues el amor, mas diestro é ingenioso, sabe encubrir aquel intervalo, y aun trasformar los obstáculos del cautiverio en medios propios para alcanzar el fin. Efectivamente, ¿seria una cosa nueva hacer por reconocimiento lo que prohíbe la política? Si lograrse yo

libertar á mi amada princesa de la horrible prision y de sus inhumanos verdugos, ¿á quién debería mas que á mí? ¿No debería su felicidad á quien la rescatare? ¡Ó! ¡si estuviera en mi mano, añadió con mayor exaltacion de afecto, sacarla de aquella morada tenebrosa donde yace! ¡Si me fuera dado arrebatarle con mis brazos cariñosos, y salvar tan preciosa carga en la ribera contrapuesta del mar! Allí donde no hay ambiciosos que derriban el trono de los reyes para levantar el de su fortuna, ni almas insensibles á quienes no conmueve el llanto de una beldad; allí en el retiro apacible del campo, cifraria mi dicha ¡ó idolatrado bien! en hacerte venturosa; y aunque nacida para adornar un trono, podrias reinar en cuantos corazones te rodea-

sen. ¡Qué gozo! ¡qué ventura fuera la mía, si pudiera hacerte un so-  
lio enramado de flexibles vástagos,  
que encorvados formasen un pabellon  
verde y pomposo, para guarecerte  
de los ardores del sol! ¡Qué ventura,  
repito, ceñir tus inocentes sienes  
con una guirnalda de frescas flores,  
juntar al rededor de tí las zagalas  
de la aldea, que te animarian por tu  
natural bondad, y conseguir por pre-  
mio de tan puro afecto una sonrisa  
afable y tierna!.... ¡Ah! mi querido  
padre, añadió Edwino, llorando de  
gozo, ¿no es excelente mi proyecto?

En otras circunstancias, ménos  
funestas y peligrosas para la familia  
real, léjos de tomar parte en los de-  
signios quiméricos de mi alumno, le  
hubiera disuadido de ellos y vuelto  
á la razon, por medio de la auto-

ridad y ascendiente que me daban mis años, mi carácter, mi profesion y mis principios. Pero conmovido á vista de la eucilla centellante, pronta siempre á caer sobre unas cabezas tan apreciables para mí, ¿podría ser escrupuloso en elegir medios para evitar aquel golpe? Fitz-Asland por su ilustre nacimiento, sus riquezas, su amabilidad y sus conexiones, podia influir esencialmente en la suerte del rey. El último acontecimiento que acababa yo de presenciarse, y en el que habia sido comprometida la reina, desvanecía todos mis escrúpulos. Conociendo lo útil que me podia ser el amor en estas circunstancias, me desentendí de una moral demasiado severa, resolviéndome á valirme de aquel instrumento. Al mismo tiempo como

hubiera sido poco decoroso y aun arriesgado fomentar aquella pasión, que no aprobaba, aunque pretendia hacerla útil, me limité á indicar ligeramente á mi alumno los peligros de su amor, dejando á su invencion los medios de superarlos.

Pasáronse dos dias, en cuyo tiempo padecí una violenta fiebre, y no queriendo fiarme de persona alguna para continuar las averiguaciones y tentativas, me contenté con permitir á Edwino algunas salidas por la noche. Llegada ésta se encaminaba mi alumno, envuelto en su capa, y sin otra luz que la de los faroles, á una esquina solitaria que daba en frente del patio del Temple. Ocupábase allí ya en observar á los presos y á sus centinelas (en lo que hallaba cada dia mayores dificultades.

tades , por aumentarse la estrechez de la prision ), ya en tocar suavemente una flauta y cantar algunas letrillas patéticas , á las que no correspondiéron la primera noche, y sí la segunda, repitiéndolas en el fortopiano. Atribuyó Edwino á la reina la primer sonata con que le habian respondido, por ser muy viva y ligera ; pero habiendo sucedido á ésta una música tierna y patética, se imaginó que pulsaba las cuerdas María Teresa, y aun llegó á figurarse que habiendo sido conocido, se encaminaba á él mismo la música del piano. ¡Feliz ilusion de los amantes, que hace mas halagüeños los favores imaginados que los verdaderos y reales ! Quítese al amor su cendal engañoso, y se verá cuán reducidas quedan sus delicias.

Al tercer día, que era el 21 de setiembre, se agravó notablemente la calentura que me atormentaba, y aun se hizo muy peligrosa, cuando en el periódico intitulado: *Diario de la tarde*, leí que habiendo celebrado la convencion su primera junta, declaraba *república* á la Francia. Esta palabra en aquellas bocas sanguinarias me estremecía y horrorizaba, pareciéndome que al paso que decretaban el esterminio de la monarquía, deshonoraban la cuna de la independencía. Sólo á los hombres virtuosos correspondia elegir un gobierno que protegiese y recompensase las virtudes.

Manuel, que vino á visitarme al día siguiente, desvaneció en algún modo mis temores; diciéndome: los sucesos nos han arrebatado en su

curso impetuoso, y hemos tenido que ceder. Antes de hablar de gobierno democrático, pensábamos en amalgamarle con la monarquía, arraigándole en la opinion y en la moral del pueblo. Pero los partidarios de la anarquía, que no creen haber llegado al término hasta haber traspasado todos los límites, querian un gobierno revolucionario, esto es, pretendían armar á los magistrados y á la muchedumbre sediciosa con los cuchillos del 2 de setiembre, que en cierto modo hemos arrebatado de sus manos. Si no ha sido completo nuestro triunfo, al menos los hemos casi enteramente derrotado.

El establecimiento de la república, cuyo nombre ofrece un gobierno regular, aniquila la anarquía: Orleans y su faccion tiemblan ya en



la cima de la *montaña*, y la elección de los sujetos destinados á ocupar las primeras dignidades de la asamblea, acaba de trastornarlos. Nos hemos descartado de los sangrientos verdugos que salieron de los Comunes; Petion es presidente, quiero decir, la prudencia y la humanidad misma: tranquilicémonos pues en orden á la suerte del reino y del monarca. En vano los mas viles facciosos andan esparciendo que es absolutamente necesario que se sujete la conducta del rey á un juicio; el mayor número de los de la convencion es justificado y vigoroso, y no tolerará cosa alguna contraria á la justicia y á la verdadera libertad. Hablando entre nosotros, la mayor honra que pudiera hacerse á Luis, seria presentarle en un juicio, donde

pudiera ostentar sus virtudes , y su  
 enemigo no tendrá la imprudencia de  
 dar este paso. Pero en suma , vayan  
 como quiera los asuntos , estémonos en  
 esto : Petion nada ha perdido de su  
 prudencia , Vergniaud de su elocuen-  
 cia , ni Guadet de su energía. Por  
 consiguiente debemos confiar en la  
 osada destreza de unos hombres que  
 han quitado todo pretesto á las se-  
 diciones sanguinarias , obligando á  
 un enemigo poderoso y vencedor á  
 dejar desembarazadas nuestras fron-  
 teras. Verdades que Dumouriez cons-  
 pira ; pero ¿abaso será mas temible  
 que Artois ó Condé ? Pocos dias se  
 pasarán sin despojar del mando á  
 aquel traidor. Por lo que hace á  
 nosotros , ménos ocupados en hacer  
 bien que en evitar el mal , vamos  
 á dar principio á nuestro ministerio

público, debiendo cesar con él nuestras juntas secretas. Á Dios, amigo mio: me veréis siempre caminando por la senda del honor y de la verdad.

Por estas últimas palabras comprendí que tomaba otro aspecto la intriga política, á que habia dado el primer impulso Manuel, limitándose ya á defender la vida del soberano, y tal vez á restituirle su libertad; pero sin tratar como antes, de pasar al hijo la corona arrebatada al padre. Los que componian este partido eran republicanos y filósofos: á los primeros tenia Toulan por ambiciosos; y pues ya manejaban el timon del gobierno, bien por efecto de cálculo ó por acaso, no habia que esperar quisieran cederle. Aunque satisfecho de su hon-

radez, por haberme dado pruebas de ella, no por esto los consideré defensores de una causa, que ya era inútil para sus ascensos. Por resultado de mis meditaciones vine á concluir que ya no me quedaba otro apoyo que el de Toulan.

Entre tanto Fitz-Asland, noticioso de que se alquilaba un cuarto tercero fronterizo á la torre del Temple, me pidió permiso para tomarle. Condescendí, encargándole que no se ariesgase mucho; y él me aseguró que nada debía récelarse, pues en esto ni aun cabia la menor sospecha, tomando el cuarto en su nombre, y habitándole madama Melwood y su querida Fanny. Luego que estas señoras vivan en él, añadió, tendré el gusto de llevaros allá. Á mas de tener allí una conversacion agra-

dable, imagino que no os disgustará estar cerca del Temple. Os dije que me prometia ser útil á los presos, y ya veis que empieza á cumplirse mi vaticinio.

Aunque me molestaba el mal todavía, visto el giro que tomaban los negocios cuyo éxito aumentaba mi inquietud, me resolví á visitar á Toulon, quien al verme se esplicó así: los obstáculos se multiplican, y si queremos salir con la nuestra es forzoso redoblar la actividad, la destreza y el vigor. La municipalidad acaba de decretar que se ponga á los presos fuera de comunicacion, y de este modo se hace mucho mas difícil nuestra correspondencia con ellos. Por otra parte la faccion regicida no cesa de dirigir representaciones, pidiendo que se

no nos engañan : en los países extranjeros podemos fundar iguales esperanzas de un éxito feliz. Sabemos por conducto seguro que el emperador accederá á nuestra conspiracion : tambien contamos con el auxilio del rey de Cerdeña y de la reina de Nápoles. Últimamente, si la España no se declara en nuestro favor, por lo ménos se mantendrá neutral, y aun tenemos probabilidad de que interpondrá su mediacion en el asunto, proponiendo las condiciones. Por lo dicho entenderéis que así dentro como fuera del reino hemos manejado, estimulado y puesto en movimiento todos los intereses personales, reuniéndolos en un centro común. Si me preguntáis ahora cuando comenzará á representarse este drama político, cuyo plan tenemos ya conce-

bido , y aun preparadas sus escenas, responderé que su ejecución depende de las circunstancias y de los acontecimientos.

No me desagradó este bosquejo, pues á mas de una perspectiva lisonjera , presentaba un designio mas noble , mas claro , ménos complicado y de objeto mas terminante que el de Manuel. La ambicion, mas bien que el amor á la patria , era el móvil de la última empresa , pues á escepcion de Maleshérbes , todos los partidarios de ella aspiraban , tanto á ser los primeros magistrados de la patria como sus libertadores. Por el contrario en el proyecto de Toulon, todos los deseos , todas las opiniones se encaminaban á un solo objeto; á saber , al rescate , triunfo y resta-

blecimiento de la familia real. Ciertos que para lograrle se necesitaba no solamente arrancar el cuchillo de mano de los sediciosos anarquistas, sino tambien las riendas del gobierno á los republicanos : operaciones que presentaban muchas dificultades. Acaso el decreto de una bárbara política hubiera confundido los unos con los otros , persiguiendo con la espada del rey á los amigos y enemigos de la patria ; pero esta injusticia horrible á mis ojos , lo era tambien á los de Toulon , el cual , mas bien amante que realista , como ya he dicho , veía en el buen éxito de la conjuracion , ménos la victoria de la soberanía que la de la reina. Por tanto , aun suponiendo un resultado favorable , era preciso abste-



nerse , así por prudencia como por humanidad , de mancillarle con sangre inocente.

Tales consideraciones nos movieron á resolver que en presentándose la coyuntura , se confiase la ejecución del plan á un corto número de sujetos de entereza , pero prudentes , á fin de que á los delitos , cometidos por el terror revolucionario , no se siguieran otros mayores y de una peligrosa reaccion.

En cuanto al vulgo , que nunca ve sino lo que le enseñan , estuvo en mera expectativa desde esta época hasta el 11 de diciembre , dia en que fue conducido el rey á la convencion , donde se le hizo el primer interrogatorio. Paso en silencio las precauciones tiránicas que usó la municipalidad con los presos , y la

visita que les hicieron cuatro individuos de la asamblea, por haberse todo publicado en los periódicos de aquel tiempo, y voy á referir lo que ellos no han dicho, ni la muchedumbre ha podido observar.

Se ha repetido muchas veces, que la necesidad es madre de la industria, y así es la verdad; pero á veces tiene ésta su origen en un principio mas noble y no ménos ingenioso, que es el amor. El que Fitz-Asland profesaba á la hija del rey, á mas de idear el medio de verla y ser visto de ella, habia sabido entablar una correspondencia seguida, no entre mi alumno y la princesa (por no comprometer el decoro de ésta) sino entre mí y los presos. Quedé en gran manera maravillado, cuando me introdujo en la

casa que tenia alquilada en frente de la torre, donde fui muy bien recibido por madama Melwood, la cual me pareció digna de haber escitado en otro tiempo una pasión, según el interes que aun inspiraba. Como habia tantos motivos para estrechar nuestra union y confianza mútua, sin contar con el paisanage, en breve nos hicimos amigos. Amaba á Edwino como á hijo, y desde luego habia accedido á sus deseos, igualmente que Fanny, á quien no ví en esta primera visita; y éntrambas habian dejado el cuarto que habitaban en la calle del Sena, por venir á ocupar éste. El triste aspecto de aquella torre gótica, y el espectáculo de los reyes que la habitaban hechos juguete de la fortuna, decian muy bien con la alma afectuosa y melan-

cólica de madama Melvood. Esta tenia en su cuarto, un organillo portátil, cuyo sonido fuerte ó templado, segun era menester, correspondia al que de tiempo en tiempo salia de las torrecillas del Temple. Mas no se habia contentado la industria de mi alumno con esta especie de comunicacion.

Encima de la habitacion de madama Melvood habia un gabinetillo de figura octágona, en que habia puesto Edwino una máquina óptica, por medio de la cual, escribiéndose cualquiera cosa en el cuarto del rey con caracteres blancos señalados en un lienzo negro, venian éstos á reflejarse, aunque del reverso, en un espejo plano que los repetia en un vidrio convexo, donde se aumentaban y podian leerse. Esto bastaba

para saber cuanto ocurría en la prisión, y recibir órdenes de los reyes, mas no para responderles ni darles noticias; y á fin de lograrlo, valíase Edwino de diversos medios. Si quería participarles alguna noticia de día, empleaba la correspondencia oriental, es decir, ponía en la ventana varias jarras de flores de cierto modo concertado. ¿Ocurría algun acontecimiento imprevisto, que era preciso nóticiar á los presos? entónces formaba las palabras necesarias con letras movibles de color resplandeciente, colocadas en un fondo oscuro; despues ponía detras de una gasa trasparente varias luces en medio del gabinete, y por este medio suplía de noche el ministerio que de dia hacia las jarras: tal era la correspondencia ocular. Había otra,

como he dicho ya, propia del oído, que formaban el piano de la reina, el órgano de madama Melvood y la flauta con que acompañaba Edwino. No contento éste todavía con aquella comunicacion tan escasa, llegó á idear, en fuerza de repetidas experiencias, una máquina, que le retrataba en lienzos preparados al efecto, la imagen viva y colorida de los presos, y la ocupacion en que se entretenian. La primera vez que vió retratarse del modo dicho el cándido y bellissimo rostro de María Teresa, quedó estático y como fuera de sí, no pudiendo manifestar su enagenamiento y alborozo, sino con las tiernas lágrimas que corrian por sus mejillas.

Parecióme que debia recompensar tanto celo y esmero con una ab-

soluta confianza de mis proyectos; y así se los comuniqué en presencia de su hermana y de madama Melvood, á quienes agradáron sobremanera. Todos convenimos en que la casa seria un despacho ú oficina intermedia entre el Temple y el partido favorable al rey; mas para no comprometer la seguridad de aquella, quedamos en no admitir mas que á las personas de un carácter firme y seguro.

Miéntas que nosotros por medio del artificio, preparábamos los auxilios posibles á la fuerza armada, se hacia mas y mas temible y escandalosa la lucha entre la faccion de la anarquía y el partido republicano. Desde el momento en que Louvet acusó públicamente á Robespierre,

no resonaba en la tribuna nacional sino el grito de todas las pasiones irritadas. En vano los prudentes y los amigos verdaderos de la patria se afanaban por consolidar la fábrica del nuevo gobierno, mientras una horda feroz de salvages hablaba sólo de esterminio, pretendiendo inundar con torrentes de sangre la república cubierta de ruinas. ¡República! nombre que se estampaba en todas las paredes, en la fachada de palacio, en las bóvedas de los templos, y en la escarapela de los ciudadanos; al paso que el despotismo reinaba en todas partes, y la tiranía se apoderaba de toda la Francia. Marat escribía con pluma ensangrentada, y Hebert humedecía la suya en el hediondo cieno de las plazas: donde quiera, se pre-



dicaba la doctrina de una libertad ilimitada con el acento de la inmoralidad;

Los progresos de la faccion de Orleans eran notables y espantosos, y en proporcion iba disminuyéndose el crédito de los republicanos de la asamblea; de suerte que Toulan tuvo ya por conveniente informar al rey del estado de los negocios, y S. M. respondió por la óptica telegráfica en los términos siguientes.

## ESQUELA DE LUIS XVI,

COPIADA

DE UN ESPEJO CÓNCAVO.

*(Documentos justificativos, núm. 12.)*

„Despues de dar gracias á mis fieles amigos en nombre mio, de la

reina y de mi familia, deseamos todos saber el número y las circunstancias de los que están declarados en nuestro favor. En Paris debe hacerse una averiguación escrupulosa, correspondencia seguida con las cortes extranjeras, y un viage á las provincias. Meditad este plan, y comunicadme vuestro modo de pensar.”

No tardamos mucho en deliberar, pues los deseos del rey eran órdenes para nosotros. Aquella misma noche tuviéron junta los principales caudillos, á la que fuí admitido por la vez primera.

Componíase aquella de unos treinta individuos, á quienes presidia un personage que se tenia por emigrado en aquel tiempo. Tambien observé allí muchos sugetos notables en el gobierno antiguo, dos prelados, al-

gunos sacerdotes, y un número muy considerable de empleados públicos, la mayor parte del cuerpo municipal. No hacia Toulán en esta junta el papel mas distinguido: contentábase con animar á los individuos que la componian, haciéndose así el mas útil de todos.

Habia yo adquirido una reputacion honrosa por adicto al rey, y en este concepto me recibieron con agasajo. Leí la carta de S. M. acerca de la cual debia deliberarse, y entónces observé que entre los realistas, como entre todos los demas partidarios, era el egoismo el móvil de todas las operaciones, segun me lo habia indicado Toulán. En los varios discursos que se pronunciáron, eché de ver que los nobles hacian poco caso de los magistrados, quienes

en recompensa estimaban á aquellos bien poco; que los eclesiásticos menospreciaban altamente cuanto no pertenecía al clero, y que si todos se reunían con los miembros de la municipalidad, era porque les obligaban á ello la necesidad y el interés. No me escenderé en decir que no había otros dos como yo, que amasen al rey por su propia persona, y le sirviesen aun contra sus mismas opiniones.

Por lo demás fue sumamente satisfactorio el entable de los negocios, encaminados al triunfo del monarca. La opinion pública había llegado ya á su madurez, y sólo esperaba la señal para manifestarse: en la municipalidad, en las juntas populares, y en todos los parages públicos estaban preparados los gefes. Una pa-

labra del rey, una indicacion del que mereciese su confianza, iban á poner en movimiento esta grande máquina, que arrollando la tiranía debería dejarla aniquilada. Aun prometia mas feliz éxito la correspondencia en el interior y en los países estrangeros: aumentábanse de dia en dia las tropas de emigrados, que mandaban el príncipe de Condé y el conde de Artois: el emperador habia prometido tentar la entrada en Francia, al primer insulto que se hiciera al rey: la Inglaterra daba muestras de abandonar la faccion de la anarquía; y las potencias de segundo órden estaban dispuestas á seguir el impulso de las primeras. No eran ménos seguras ni favorables las disposiciones de los departamentos, en especial los del poniente.

Observaba yo, que estaba concebido el plan de la conspiracion con una uniformidad demasiado perfecta; todas sus partes se unian tan exactamente, que formaban un todo muy regular y simétrico: no habia el menor vacío ni defecto, de suerte que debia esperarse un éxito feliz; pero á decir verdad, esta grande union, léjos de tranquilizarme, me inquietaba sobremanera. En ninguna parte habia visto, sino en algunas novelas mal inventadas, egecutar sin obstáculo alguno semejantes empresas. Por otra parte me hacia temer la debilidad habitual del rey, que contemporizaria y vacilaria aun en el momento decisivo. Este inconveniente, sin nombrar otros, que nadie preveía y de que ninguno hablaba, era suficiente por sí sólo para retardar y aun disolver.

la conspiracion. Quiera el cielo, protector de la inocencia perseguida, decia yo, falsificar este funesto vaticinio.

Siendo tan satisfactorias las noticias que debia yo dar al rey, pareció inútil el viage de observacion á las provincias, porque ademas la correspondencia semanal que se recibia de ellas, daba grandes motivos de seguridad y de esperanza.

De este modo una junta de legisladores, trasformada en anfiteatro tumultuario, donde un gran número de atletas virtuosos y elocuentes, pero esparcidos y sin cabeza, luchaba con un corto número de foragidos animosos y disciplinados; un gobierno versátil, vagando sin principios y sin brújula por las olas de una revolucion desenfrenada; un pue-

blo incierto de su destino, mal seguro en su existencia, extraviado en las cosas, engañado y seducido por las palabras; por otra parte un rey aprisionado, á quien unos preparan el cadalso, otros quieren restituir al trono, en cuya vida se interesa la nacion, temiendo al mismo tiempo el verle de nuevo coronado: en fin, miéntras que todos estos intereses tan encontrados inundan y asuelan el interior de la Francia, un egército de héroes ceñidos de laurel, encadenando la victoria á sus banderas, dictan la paz á los mismos enemigos que le hacian la guerra. Tal era la situacion general de las cosas, quando la convencion nacional comenzó el proceso de Luis XVI. Al anunciarse este asunto tan importante, los reyes espantados guardáron silencio, la Eu-



ropa volvió su atención á la nueva república, y la Francia esperó con una tranquilidad aparente la decisión de sus legisladores.

Llego á esta época, memorable para siempre, caminando por la senda oculta que he seguido hasta aquí, sin osar entrometerme en el estenso y público dominio de la historia. Sus confines, si puedo explicarme así, son los que pretendo recorrer; pero estando anexas á ellos muchas anécdotas interiores y domésticas, las considero desconocidas, y dignas por consiguiente de leerse con el mas vivo interes. Una familia desdichada, entretenida alternativamente por la esperanza, y amenazada por el castigo, pronta á sentarse triunfante en el trono, ó morir degollada en un cadalso, es el espectáculo mas pro-

pio para inspirar el terror y escitar la compasion. Pero ántes de dibujar este cuadro, os daré una idea del interior del Temple, donde se presentaba una pintura doméstica.

Hacia ya algunos dias que se susurraba la causa que iban á formar al rey, á quien dimos aviso para su gobierno. Toulan que no se comunicaba ya con el monarca, habia advertido de ello á la reina, la cual se lo insinuó á Luis en la comida; pero léjos de disgustarse con la noticia, dió muestras de contento, porque la inocencia de su causa le hacia estar satisfecho de sus resultas. Cuando supe que estaba bien preparado, le comuniqué cuanto habia, por medio del telégrafo consabido. En el regocijo que mostraba su semblante retratado por la óptica,

conocí el gusto que le habian causado mis noticias. Al dia siguiente leí en el cristal de reflejo el convite que me hacia de procurar la entrada en la torre, á fin de hablarle; añadiéndome, que las princesas habian conseguido pasar parte del dia en su cuarto, á quienes daria una satisfaccion completa, si llevase en mi compañía al amable Edwino. Mi hijo, decia tambien el rey, se acuerda de él todos los dias, y tendrá mucha satisfaccion en verle. En respuesta prometí á S. M., hacer cuanto estuviese de mi parte para llevar á efecto sus deseos.

No era esto fácil, porque la tiranía de la municipalidad se hacia de cada vez mas feroz, y su vigilancia mas temible; y así era preciso burlar á la una y sustraerse de la otra:

para ello me auxilió Toulan, proporcionando el medio. Hacia tres dias que el rey padecia mucho de fluxion de muelas, aunque sin quejarse, porque la reina le habia persuadido que seria una mengua pedir un facultativo.

Pero habiéndola hecho ver Toulan, que esta circunstancia presentaba la ocasion mas favorable, y tal vez la única de entablar una correspondencia con los de afuera, persuadió á su esposo que presentase su solicitud. Se respondió á ella como deseábamos, y en consecuencia fuéron llamados á la sala de la municipalidad el primer médico del rey y su cirujano ordinario, quienes recibieron de aquella patentes de entrada para ocho dias.

Llevóme en seguida Toulan á casa de dicho cirujano, sugeto muy

adicto á la familia real, y muy interesado en sus desgracias. Luego que le advertí de mi designio, reducido á sustituirle en sus funciones, me trajo de su gabinete un estuche lleno de instrumentos, y me le entregó diciendo: creo que no me conozcan los que habitan y custodian el Temple; pero si fuese al contrario, podeis decir que vais por mí. Confiado en vuestro carácter no recelo de mi seguridad, y sólo me da que temer la vuestra.

Estaba ya hecha la mitad de la tarea, y era preciso completarla llevando conmigo á Edwino, segun prometí al rey. Acerca de esto consultamos con madama Melvood, quien nos dió un consejo que fue adoptado, y se reducía á no ir al Temple hasta que estuviera de faccion

Fanny, que seguía sirviendo en el ejército nacional; siendo muy probable que pues tenía tantos amigos en diferentes cuerpos, no le fuese difícil mudar su guardia por la del Temple. Edwino entonces podría reemplazarla, logrando con maña ó con dinero hacer la guardia á la puerta del rey. Trazado así este plan, se ejecutó del modo siguiente.

El día 15 de noviembre fue destinada Fanny al puesto de reserva. Cuando iba á marchar el destacamento destinado al Temple, á pretexto de una viva curiosidad, pidió ir incorporada con él; lo que consiguió á pesar de algunas quejas, que ella supo acallar con el argumento irresistible del dinero. Al llegar se separó de sus compañeros, y fue á buscar á mi alumno que la espera-

ba, el cual la reemplazó ciñéndose sus armas. Hubo alguna dificultad para admitirle por ser desconocido; pero habiendo acreditado que era amigo del ciudadano Roziers, logró desvanecer todas las dificultades. Á mas de esto convidó á almorzar á sus camaradas, ofreciéndoles para la noche un solo de flauta. ¿Quién podria resistirse á tan fuertes razones?

Á la vuelta de Fanny, luego que observé desde la ventana de su madre, donde estaba en observacion, que habian alzado el puente levadizo, me encaminé por calles escusadas á una, donde me esperaba un coche: entré en él, y llegué al Temple. Conforme á mi carácter tímido, y sin embargo emprendedor, sentí que me palpitaba el corazon, aunque al

mismo tiempo se esplayaba con la esperanza.

Abro la puertezuela del coche, y llega un centinela, al cual manifiesto el objeto de mi visita. Llama al oficial comandante, quien viene con cuatro soldados. Bajo, y me conducen con buena escolta hasta el consejo de administracion.

Antes de llegar á él, teníamos que atravesar un patio, donde entre siete ú ocho soldados distingo á Edwino, que me conoce inmediatamente: acércase, y dirigiendo la palabra á uno de sus camaradas, de modo que yo le pudiese oír, dijo en voz alta: á las cuatro me toca la guardia, camarada, ¿y á tí? Apenas habia empezado el otro á responderle, cuando ya habíamos pasado.

Siempre me ha parecido, que



estando los magistrados en su tribunal, deben tener presente la justicia, sin la cual el poder no es mas que un latrocinio, y el decoro, sin cuya compañía la justicia se asemeja al despotismo. Uno y otro estaban desterrados del consejo del Temple; sin duda porque los atributos característicos de la honradez, convenian poco á unos jueces revolucionarios. Cuando me presenté ante ellos, noté que disputaban con mucho acaloramiento, hablaban todos á un tiempo, paseaban por la sala precipitadamente, mezclaban amenazas y palabras, gritos espantosos é injuriosos denuestos: tal ha sido poco mas ó ménos el carácter de todas las asambleas originadas de la revolucion. Pero despues he dejado de maravillarme, considerando la importancia

de los intereses que dividían á sus individuos, las fuertes pasiones que en ellas se escitaban, la condicion y el carácter de los oradores, la naturaleza de sus arengas, y el objeto de la revolucion.

Mi presencia restableció el sosiego entre los disputantes. El que los presidia subió á una especie de tablado, donde me preguntó con un tono áspero mi nombre, el objeto de mi visita, y el título que justificaba mi entrada en este lugar formidable. Satisface á estas diversas preguntas, evitando sin embargo decir mi primer nombre: despues manifesté la patente que me habia prestado el cirujano del rey, que no me devolviéron los jueces pesquisadores, hasta haberla registrado todos. No se limitaban á esto las precau-

ciones: registráronme las faltriqueras, el forro de los vestidos y la copa del sombrero; me hiciéron quitar los zapatos; abriéron el estuche; sacáron todos los instrumentos; y después de haberse asegurado de que yo no ocultaba cosa alguna sospechosa, decretáron que uno de ellos me acompañase al cuarto de Luis. En el camino observé que se habia aumentado el número de las rejas y de los carceleros, entre los cuales noté que los nuevamente empleados tenían un semblante mas fiero y atraidorado que los antiguos.

Manifestábase en el mio la compasion que oprimia mi corazon, y esto desagradó al municipal que me conducia. Para el oficio que egerceis, me dijo, me pareceis demasiado sensible. — Y esto ¿es por

ventura un delito? — No, pero es reprehensible, y es una debilidad compadecer á los enemigos de la patria. — No me compadezco yo de éste como tal, sino como hombre desventurado. — Él se tiene la culpa. — Por lo mismo es mas digno de compasion. — Ademas, que se halla muy bien con su infortunio, pues no le ha hecho perder el apetito ni el sueño. — La religion le alienta, y su inocencia le consuela. — El municipal arrugó las cejas, y despues de un corto silencio me dijo: no me pareceis un gran republicano. — Pues creo que un republicano debe tener mas virtudes que otro alguno, y la humanidad me parece la primera. — ¿Pero no veis, pobre demonio, que todo eso es *moderantismo*? — No sé lo que entendeis por *moderantismo*;

pero si es lo mismo que *moderacion*, tendré siempre á mucha honra el poseer una cualidad que hace mas amables las virtudes que uno tiene, y suple por las que le faltan. — Con tales principios jamas se hubiera cimentado la libertad. — Pero tampoco estaría inundado en sangre el pedestal de su estatua.

Hubiéramos continuado nuestro diálogo, á no haber llegado á la puerta del rey, que aun no estaba abierta por no haber dormido S. M. en toda la noche. Clery se asomó á una rejilla del postigo, y yo dirigiendo la palabra á este fiel criado, le dije: avise usted á Luis, que está aquí el practicante de su cirujano. Clery, á quien habia yo dado á entender mi designio con una mirada, vino inmediatamente á res-

ponderme que sería recibido del rey con mucho gusto. Alzaron las barras, abrieron los pestillos de la puerta, y entré.

La presencia del municipal que me acompañaba, me impidió ofrecer al augusto preso los respetos de mi sumisa veneracion; pero si mi lengua estaba enmudecida, me dí á entender con las miradas. El rey las comprendió, y me pareció que leía en sus ojos enternecidos la satisfaccion que le causaba mi presencia.

Para acreditar que era un verdadero cirujano, pedí permiso para registrarle la boca. Díjome entónces el municipal: en la ocasion presente puedo servirlos, porque soy boticario: si el señor, añadió señalando al rey, necesita algunos medicamentos, tengo la botica mejor surtida

de Paris. En esto S. M. arrojó un grito dolorido , que me sugirió la idea de libertarnos de un testigo tan incómodo , haciendo uso de sus ofertas. Despues de haber visto las muelas al rey , le dije : no creo que sea absolutamente necesario sacar la que os incomoda , porque no está dañada , y en mi dictámen bastará un emoliente para quitar la hinchazon. Puesto que el ciudadano me ha ofrecido sus servicios , los acepto , y voy á poner una receta que se servirá ir á preparar , y entre tanto yo esperaré el efecto de ella , con tal que de este modo no me oponga á los decretos del consejo. Nada teneis que hacer con él , replicó el municipal , pues sólo yo soy responsable de vuestra persona. Siendo así , repuse , á vos toca deter-

minar si merezco vuestra confianza. Mucho mas que pensais, me dijo: verdad es que no os tengo por un grande republicano; pero el que se atreve á manifestarse así en esta torre y ante un individuo de la municipalidad del 10 de agosto, es un hombre de bien indudablemente. Os dejo pues aquí bajo palabra de honor, persuadido de que no daréis al señor malos consejos, aunque os compadezcáis de él; y así escribid la receta que estoy pronto á marchar.

Hícelo tan gozoso y aturdido, que apénas se podia leer. Garrapatos del antiguo estilo, dijo el boticario tomándola. ¿Pues en qué conoceis los caracteres del nuevo? replicó el rey, que se habia puesto de buen humor con la condescendencia de aquel. Dícese comunmente, que la medi-



cina moderna no exige que uno sepa leer ni escribir; y esto no impide que sanen los enfermos. Ni que revienten, dijo el municipal dejándonos.

[www.libtool.com.cn](http://www.libtool.com.cn)

Este hombre es grosero, dijo Clery, pero tiene juicio y podríamos sacar partido de él. — ¡Ay mi amado abate! exclamó el rey, dándome la mano que besé con respeto, ¡cuánto he padecido desde nuestra última vista! ¡Con que ya se trastornó la antigua monarquía! ¡el gobierno que ha producido tantos reyes buenos y tan pocos malos, que ha hecho á tantos hombres felices, y tan pocos desventurados! ¡y en sus ruinas se funda una república! De este modo no es á mí sólo á quien arrojan del trono, sino á toda mi descendencia: despojan de todo

á mi muger, á mis hijos y á mi  
 hermana, que ni aun tienen un asilo  
 adonde acogerse, y pueden tenerse  
 por dichosos en habitar una prision  
 y existir en ella. Crueles son estos  
 golpes: ¿no es así? Pero todavía hay  
 otros mas fatales. Amigo mio, añá-  
 dió este príncipe derramando lágri-  
 mas, me han separado de mi fami-  
 lia: mi infeliz muger, mis queridos  
 hijos y mi hermana padecen separa-  
 dos de mí, y yo tambien padezco  
 sin su vista. Apénas podemos ha-  
 blarnos cuatro palabras al tiempo de  
 comer y un rato despues, pues siem-  
 pre nos están acechando unos cen-  
 tinelas tan duros, tan mal criados y  
 tan insensibles.... ¡Ay! estas gentes  
 nunca han sido infelices. — Señor,  
 convendrá que os quejeis á la con-  
 vencion. — Pero ésta me remitiria á

la municipalidad. Clery tiene un criado muy fiel que trae los diarios envueltos en ovillos de hilo, y por ellos veo los debates de la nueva asamblea. ¡Qué hombres, qué principios, qué pasiones y qué language! Acaso no faltan entre ellos hombres de talento y de virtud; pero ¡qué débiles! ¡qué desatinados! Sin duda van á perderse: sus contrarios groseros, feroces y audaces serán sus asesinos. Sí, amigo, serán degollados, y yo iré delante de ellos. — Desechad estos tristes vaticinios, señor. — Al contrario yo los fomento, y los tengo presentes todos los dias. ¿Quién querrá vivir para ser testigo y juguete de tales atrocidades? — Señor, éstas durarán poco tiempo: el huracan es terrible.... — Sí, terrible, interrumpió el rey con acento de des-

esperacion: la tempestad aniquilará muchas cabezas, correrá mucha sangre....

Jamas habia sentido con mas viveza este desgraciado monarca el horror de su situacion. No traté de consolarle, porque su corazon lastimado no podia recibir entónces alivio alguno; y por tanto me contenté con acompañarle en su sentimiento, llorando con él amargamente. Clery contemplaba silenciosamente y en pie esta escena lastimosa. ¡Ó Providencia! Luis en un calabozo regaba con sus lágrimas la cadena regicida, y Robespierre y Orleans, sentados en solios ensangrentados, dictaban sus decretos soberbios á la nacion envilecida. De improviso reprimió su llanto el monarca, y levantándose con rostro sereno, me dijo tranquil-

lamente: basta de gemidos, señor de Fermont; perdonadme este ímpetu que no he podido evitar: empleemos mejor el tiempo que nos proporciona la suerte.

Habiendo puesto Luis xvi de centinela á Clery en la puerta interior del cuarto, me abrió la de la torrecilla que le servia de gabinete. Sentado yo junto á un bufete en que escribia el rey, me dijo: cuando reinaba soliais repetirme que mantuviese con firmeza el peso de la corona; ahora que estoy aprisionado me aconsejaréis sin duda que sufra el de mis desgracias con resignacion. Pues bien; mi querido abate, á pesar del enternecimiento que me ha escitado vuestra inesperada presencia, sabed que el cielo me ha concedido esta gracia. Esceptuando al-

gunos males físicos, gozo de una perfecta salud: la tranquilidad de mi espíritu es inalterable, y cuando leo las anécdotas que tratan de mí; se me figura que repaso una historia extraña. No puedo desear á mis amigos sueño mas pacífico, que el que disfruto todas las noches. Á buen seguro que el de mis perseguidores será mas agitado, pues miéntras le llaman en vano bajo los dorados techos del palacio de que me han desterrado, yo le gozo en medio de estas tristes paredes. Finalmente, si padezco algunas inquietudes y pesares, solamente es por mi familia, cuya futura suerte me espanta. ¡Ó Dios mio! á vuestra sagrada protección la encomiendo; servid de padre á mis hijos, cuando yo cese de existir. — Al decir esto levantó al cielo

sus ojos, resplandecientes ya con la gloria de los justos, y despues volviéndolos á mí sosegadamente, se quedó por algunos minutos silencioso. Si no me engaño, dijo otra vez, **el instante fatal no está léjos: tienen jurada mi muerte, y debo estar preparado para ello: á este fin os he llamado, para que me aconsejeis lo que debo hacer.**

No se puede oir sin conmoverse, discurrir sobre la muerte á un hombre lleno de vida y robustez; y el religioso terror que infunde una deliberacion tan importante, se aumenta en la boca de un rey. Contemplando ademas á este monarca, poco hacia el mas poderoso y respetable de la Europa, detenido ahora en los hierros de una opresion bárbara, y acechado sin cesar por los

ardientes ojos de la tiranía, ¡qué cúmulo de reflexiones tan melancólicas pueden ofrecerse á la imaginacion!

Mucho ántes de mi arresto, continuó Luis XVI, y mas aun pasado algun tiempo, un copioso número de plumas y de voces calumniadoras ha reunido contra mí las acusaciones mas odiosas, imputando á mala fe los errores procedidos de las circunstancias, escitando contra mí el aborrecimiento, cuando deberia inspirar tanta compasion, y pidiendo que se me castigue como delincuente, cuando deberian compadecerme como desdichado.

¿Qué puedo yo oponer á estos clamores tan injustos? el silencio y mi corazon. Pero si una endeble voz no puede oirse en medio de la tem-



pestad que truena al rededor de mí, debo al trono que la Providencia me ha confiado, debo á mi hijo, y á mí mismo, comportarme con decoro, apelando al tribunal de la historia y de la posteridad. Los sediciosos pueden abrir mi sepulcro anticipadamente; pero yo pondré encima de él este monumento.

Diciendo esto sacó el rey de su cartera un cartapacio que me entregó, y en cuya portada leí estas palabras: *Proyecto de mi testamento*. No es ahora tiempo, añadió, de examinarle: os le confío, y deseo que le registreis con toda la esrupulosidad de vuestra conciencia y de vuestras luces, poniendo al márgen vuestras observaciones. Quizá otro acaso tan feliz como éste nos pro-

porcionará la satisfaccion de vernos otra vez.

Manifestando al rey cuán enternecido y honrado me dejaba su confianza, procuré lisonjearle con algunas esperanzas, diciéndole: no hagamos tanta injuria á la humanidad, suponiendo que la convencion, esto es, la flor del patriotismo y del honor frances, siga las órdenes sanguinarias de mi partido. Ora consulte á sus propios principios, ora tenga que ceder á su interes, soy de dictámen que léjos de condenar á V. M., se declarará incompetente para juzgarle. Ellos creen que la cabeza de la nacion sólo es responsable á la nacion misma; y como ésta no puede formarse simultáneamente, han de confesar que este

encargo sólo corresponde á sus delegados. Veamos pues cuál es el poder de la convencion. Redúcese éste á reconocer, separar, contrapesar y organizar las autoridades públicas. Suponiendo que posea el poder constitutivo, se excluye de ella por consecuencia el poder judicial, puesto que el primero decreta sólo sobre asuntos generales, y el segundo aplica á particulares casos las decisiones del primero. He aquí unos principios de donde se deduce que si intentan hacer causa á V. M., sólo será ante un tribunal nacional; pero en este caso se opondrá á lo mismo el interés de los que ahora gobiernan. Ya traten de consolidar la república que han establecido, ya tengan el designio de sustituir una nueva dinastía á la antigua, ¿cómo logra-

oponen á vuestros enemigos. Repito de nuevo que vuestra vida les es necesaria; que su mayor mal seria el que hiciesen á S. M.; y que la cuchilla alzada sobre vuestra cabeza, no acabaria de caer hasta cortar las suyas. Ojalá, me respondió Luis, ojalá se convenzan de estas verdades, para usar de su triunfo con moderacion; pero á decir verdad, miéntras vea entre los nuevos representantes los asesinos de setiembre, conservaré pocas esperanzas. No creais por esto que me falta valor, no: sabré sufrir con resignacion, y morir como soberano.

Esta firmeza de ánimo, esta especie de heroismo, que las desgracias y el cautiverio diéron al débil Luis XVI, han sido muchas veces el objeto de mis reflexiones y el tes-

to de mis comentarios. ¡Qué contradicción tan señalada, entre Luis reinante y Luis aprisionado! ¡Contraste singular! que burla todas las especulativas del corazón humano, y hace fallidas todas las probabilidades. Cuando Luis XVI era el primer monarca de la Europa, lo podía todo y nada hizo; cuando cesó su poder, empezó á pensar como hombre, y á portarse como héroe. El peso de un cetro fue escesivo para sus débiles manos, y soportó noblemente sus cadenas. Sentado en el trono, escitó mas de una vez el menosprecio; encadenado en una torre, inspiró siempre respeto. La grandeza fue para él un elemento incómodo, en que cierta opresion continua no le dejaba respirar; mas luego que entró, por decirlo así, en la esfera de la desgracia, recobró

la paz interior, y la serenidad se descubrió en su semblante. En una palabra, si hubiese terminado su vida en el aparato de la corte, sólo la cronología hubiera agregado su nombre desconocido al de sus antepasados, al paso que la historia y la poesía están grabando ahora sobre su tumba, cubierta de palmas, lo grandioso de su desventura, la dignidad con que soportó los trabajos, y la gloria de su martirio.

No es este lugar oportuno de investigar las causas de estas maravillosas contrariedades, cuyo análisis necesitaría toda la sagacidad de una metafísica sutil. Sin embargo indicaré dos de ellas, la una nacida del corazón del rey, y la otra de su temperamento. Procedía la primera de una creencia sólida en la re-

ligion, que le hacia menospreciar las grandezas perecederas por aspirar á la inmortalidad; y la otra de un humor flemático y de un espíritu indolente. Puesto por la fortuna en un teatro brillante, donde para hacerse notable es necesario obrar, pero condenado por naturaleza á estar casi inmóvil, Luis vió levantarse y dar vueltas al rededor de sí el torbellino de los acontecimientos, que debiera haber contenido, y al contrario se dejó arrebatarse de él: degradado y cautivo, dejando de ser ya el juguete de las circunstancias, encontró por la vez primera, si no el destino mas glorioso, por lo ménos la situacion que mas le acomodaba. No importunaba ya á sus oidos el estrépito de las grandezas y el tumulto de las revoluciones, á las que se siguió un

**largo silencio.** Al extraordinario y confuso caos de los negocios políticos ha sucedido la tranquila uniformidad de una vida monótona, muy análoga al carácter y constitucion del rey. De actor, violento y atropellado en su representacion, ha pasado á espectador sosegado y tranquilo: la resistencia de su inaccion, que procedia de falta de valor, ha suplido el que le negó la naturaleza. Si á esto se añade, que Luis, por una deplorable casualidad, ó mas bien por una bárbara combinacion, se ha visto rodeado durante su prision de una turba de hombres de costumbres groseras, malvados por gusto, crueles en sus opiniones, y que han procurado hasta los últimos momentos hacerle mas insoportables las ansias de su prolongada agonía; podrá comprenderse,



cómo es que se ha manifestado héroe en el Temple, el que tan poco tenia de rey en las Tullerías, y por qué resplandece la gloria en el sepulcro del mismo, cuyo trono estuvo envuelto en la oscuridad.

En seguida de esta conversacion con el rey, me confió los entretenimientos en que pasaba sus ratos ociosos, diciéndome: ántes que me hubiesen quitado mi familia, me divertia en pasearme con ellos. Los juegos pueriles de mi hijo, la graciosa amabilidad de mi hija, la resignacion de mi hermana, la grandeza de ánimo, el carácter elevado y la varia instruccion de la reina, me hacian olvidar la tristeza y peligro de mi situacion. Á la sombra de unos grandes árboles que hermocean el jardin, cercado de los objetos que mas ama-

ba, para que nada faltase á mi felicidad, hablábamos de cosas gratas á la memoria. ¡Recuerdos crueles, y al mismo tiempo halagüeños! Mi corazón sólo os conserva, sin atreverse á confiarlos al labio. ¡Ah señor de Fermont, cuánto daño me han hecho mis hermanos!.... Detúvose Luis como sorprendido y espantado con esta exclamacion involuntaria, que se le escapó á pesar suyo, y luego añadió: ahora que no me permiten desahogarme con mi familia, procuro entretener el tiempo con la lectura, conociendo que el estudio suaviza todas las pesadumbres. La lectura de los viages me aleja del trato habitual de unos hombres á quienes amo, aunque me persiguen; me lleva con la imaginacion á las naciones que llamamos bárbaras, porque se acercan

á la naturaleza, y que en mi entender, dotadas de virtudes que no ha alterado la cortesanía, cumplen sin trabajo con todas las obligaciones anexas al hombre. En aquellas poblaciones felices, favorecidas con un clima apacible, con un terreno templado y abundante de los frutos mas apetecibles, vive y reposa la libertad, que no sirve de pretesto al latrocinio; la igualdad, con cuya máscara no se disfraza la anarquía; y la fraternidad, que reúne, no en medio de lanzas amenazadoras, sino bajo una guirnalda de flores, los pechos nacidos para amarse. Por lo que hace á la historia, me instruye igualmente en los arcanos de los gabinetes, y en los secretos profundos del corazon humano. Ya veo las naciones prostradas silenciosamente bajo el azote

sangriento de un Domiciano; ya una muchedumbre enloquecida y alborotada á la voz de Mazaniello; en otra parte se me representan millares de soldados, degollados por el hierro de los sarracenos; mas allá un tropel de gentes ciegas, engañadas y mutiladas por ministros fanáticos y supersticiosos; y en todas partes los pueblos, miserables juguetes del despotismo de los que les mandan, del orgullo de los sediciosos, de la ambicion de los conquistadores. ¡Ó Dios! ¿habeis criado al hombre y permitido la institucion de la sociedad civil, para hacerle presa de un corto número de hombres pérfidos y criminales?

Continuando Luis XVI esta conversacion, me manifestó un tesoro de noticias reservadas en su memoria, que inspiraban á su imaginacion

las ideas mas lianjeras, y á su juicio las reflexiones mas sensatas. Entónces conocí que si una educacion viciosa, como la que generalmente se da á los príncipes, no habia dissipado enteramente el origen de sus virtudes y de su talento, habia sin embargo desarrollado las calidades que le fuéron dañosas y causáron su pérdida, á saber, la timidez y la debilidad. Luis XVI, incapaz de ser un rey malo, como tampoco un gran soberano, hubiera podido dar el ejemplo demasiado raro, de un monarca virtuoso é instruido.

En esta conferencia supe tambien que se ocupaba en traducir del ingles el último viage de Cook, que aun no teníamos en nuestro idioma. Pero no era esta la única obra en que el rey se habia ocupado: ins-

truido profundamente en la geografía, habia reducido á sistema regular el *tratado de los rios*, cuya descripcion y nomenclatura habia ideado Luis xv. Finalmente, por esta aplicacion continua al estudio se echaba de ver, que si Luis volvía de cuando en cuando su atencion á las grandezas pasadas, consintiendo en que se le recuperasen, era ménos por su deseo y por pesarle el haberlas perdido, que por condescendencia con la reina y afecto á sus hijos.

Hacia ya mas de una hora que nos habia dejado solos el oficial de la municipalidad, y que el rey estaba conversando familiarmente conmigo, cuando entró en el cuarto su familia, á quien miré con enternecimiento, y ella se me mostró re-

gocijada en verme de nuevo. Las princesas, vestidas con la mayor sencillez y decencia, tenían cubierta la cabeza con pañuelos de muselina, refajados como un turbante, y anudados á un lado. El retiro había hermoñado á la mas jóven, que tenía unas facciones bellas y nobles, y una tez blanca y sumamente fina. La tranquilidad estaba retratada en el semblante de Isabel, al paso que en el de la reina, arrugada ya por los pesares, se descubría la violencia de una alma atormentada con los trabajos y la meditacion. Por lo que hace al príncipe, aumentaba el interés de este tierno cuadro con su ingénua y candorosa sonrisa, rubio cabello, sencillez y viveza en sus acciones. Advertíase un contraste lastimoso entre la impetuosa seguridad

del tierno príncipe, que jugaba con sus cadeñas, como si fueran dijes, y la gravedad altanera de la reina que reprimía sus lágrimas, y rechazaba con fiero disimulo los insultos de sus verdugos.

La reina y su cañada sabían todos los días los progresos de la conspiración, porque Toulán, que seguía sirviendo su empleo de comisario municipal, les daba cuenta exacta de ello. Su esplosion y el éxito que tendría, inquietaban mucho á Isabel, como también á la reina, aunque sin intimidarla; pues siempre encontraba en su grande espíritu recursos contra las desgracias, y al mismo tiempo sabía inspirar al rey una confianza que ella misma no tenía tal vez. En suma, podemos decir que ella sola comunicaba vida y movi-



miento á los personajes débiles y honrados que la cercaban.

Estábames entónces tratando asuntos demasiado importantes, para que me viniese á la idea mezclar con ellos el nombre de Edwino: la reina fue quien se acordó de él la primera, y supo con satisfaccion que habia hallado medio de llegar hasta el cuarto del rey. Al oir el nombre de mi alumno el jóven Carlos, dejando un castillo de naipes que estaba haciendo, corrió á preguntarme si veria aquel dia á *su buen amigo*. Á lo que respondí que era muy regular. Siendo así, me dijo, me alegraré mucho; pero no faltará quien se alegre mas que yo, añadió mirando á su hermana con graciosa sonrisa. Estas pocas palabras, que hiciéron sonrojar á María Teresa, me

diéron á entender, que Fitz-Asland no suspiraba inútilmente, y que á pesar de la distancia de lugares y gerarquías, el amor que se burla de los obstáculos y cerrojos, se habia hecho entender por medio del telégrafo y de la óptica. Hallándose las cosas en este estado, me pareció conveniente abandonarlas al acaso, no queriendo por un rigor tal vez laudable en sí, pero inoportuno en las circunstancias, apretar mas el nudo á las ligaduras de los presos.

" La fortuna que habia comenzado á serles favorable, continuaba del mismo modo. Á la hora indicada Fitz-Asland vino á reemplazar al centinela de la puerta exterior, y por un agujero de la reja tuvo la honra de besar la mano al rey, á su hijo y á las princesas. Manifestáronle SS. MM.

el gusto que recibían de verle, y le hicieron varias preguntas, á que respondió con discreción, pero sin la viveza que tuvo en la primera conferencia. Luis le habló particularmente sobre la mecánica, de que tenía este príncipe un gran conocimiento; aprobó los ensayos que mi alumno había hecho en esta ciencia en utilidad suya, y le prometió una digna recompensa para en adelante. Durante este coloquio, interrumpido continuamente por la reina, con preguntas ajenas de él y relativas á la opinión de las gentes en orden á ella, estaba yo observando á la princesita, que sumergida en un silencio pudoroso, no perdía una palabra, un ademán, ni una mirada de su amante. Éste, contento con hablar delante de ella, no desperdiciaba ninguna

de sus prendas, y para darles mejor á conocer, sobrevino un accidente tan favorable como imprevisto.

Un ruido que oímos en las rejas de afuera, nos hizo creer que volvía el boticario municipal. Retiráronse los presos al medio del cuarto, y Edwin, apoyado en su fusil, se puso á silbar; pero todas estas precauciones nos parecieron inútiles, viendo entrar á Toulán. Dijo éste al rey, que su compañero, preparando el medicamento de mi receta, se había quedado sin sentido sufocado con el humo del carbon; y que agravándose este accidente, se había dado parte al consejo, quien eligió á Toulán en lugar de aquel, para tener cuidado de los presos y de mí. Dejo á vuestra consideracion el regocijo que nos causaría esta noticia.

Habia quedado entreabierta la puerta primera del aposento del rey cuando entró Toulan, quien mandó al carcelero que se retirase, puso á Clery de centinela en la segunda puerta, é hizo entrar á Fitz-Asland. Esta reunion de circunstancias favorables y de vasallos fieles enternecieron vivamente á la familia real: hubo algunos minutos de silencio, durante el cual recompensó aquella nuestro celo con lágrimas y palabras interrumpidas, pero enérgicas, con que respira y se desahoga una alma afectuosa.

Queriendo economizar los favores de la fortuna, hicimos una breve reseña de los sucesos acontecidos hacia cuatro años, y particularmente de los mas modernos, que habian acarreado tantas desgracias á la fa-

milia real. Examinamos su actual situacion; despues recapitulando los recursos que le quedaban comparados con las necesidades y los peligros que la amenazaban, llegamos á la cuestion siguiente: ¿qué uso se debia hacer de los primeros para evitar los segundos? en una palabra, ¿de qué modo y con qué señal se daria principio á la conjuracion?

En estos debates en que se ventila la libertad, el honor y la vida, largo tiempo agitados por los contrarios vientos de todas las pasiones desenfrenadas; en estos instantes decisivos, en que se trata de salvar de un próximo naufragio al inocente, los espíritus reconcentrados en sí mismos con el terror del peligro, están en una continua reaccion, y se esplayan con la perspectiva futura

del vencimiento. Esta es la ocasion propia para sondear los arcanos del corazon humano, porque entónces la naturaleza libre de las trabas políticas que se honran con el nombre de decoro, se muestra con toda su genial franqueza, y se la sorprende, por decirlo así, en sus mismas operaciones.

En iguales circunstancias pude penetrar á fondo el corazon del rey y de su esposa: conformes los dos en el mismo designio, sólo discrepaban en los medios y en la época de la egecucion. Luis se inclinaba á los mas benignos, y queria diferir aquella para el momento en que su causa tomase mal aspecto: la reina estaba determinada á señalar el restablecimiento político de su casa con hechos severos, descargar-

do algunos golpes sangrientos. Mi adhesión á este partido, dijo la misma, no procede de pura venganza, sino de prudencia y necesidad. Si me dejase llevar de mi encono, pagando con justas represalias los tormentos que padezco, aniquilaria á esos reptiles ponzoñosos que nos los ocasionan. Una razón serena, un cálculo seguro, me han hecho ver que la ruina de los caudillos arrastra consigo la de sus partidarios: mueran pues estos gefes, á fin de que podamos nosotros vivir, y para que así espíen sus delitos, afianzando tambien nuestra seguridad: con este rigor oportuno se adquiere un soberano el poder de ser justo y el derecho de ser clemente.

La discusión se dilató mas tiempo, sin hacerse por esto mas im-



portante; resultando de ella que ni adoptamos la ligereza de la reina, ni las dilaciones del rey, limitándonos á hacer nueva reseña de nuestras fuerzas comparándolas con las del enemigo, para sorprenderle en el dia del ataque. Determinamos tambien que Toulan presentase de allí á dos dias al rey por escrito el plan de la egecucion, y que al pie pudiese S. M. su poder especial.

Arreglado así todo, dijo el rey: ya nos hemos ocupado bastante en mis cosas; entreguémonos ahora al desahogo que proporciona la amistad. Decidme, ¿no debo estar sumamente agradecido á la Providencia, que me ha deparado tantas satisfacciones por esta parte, al mismo tiempo que me despoja de mi poder fastuoso? Véome privado del cetro y

de la corte; pero nunca he estado mas gozoso en el seno de mi familia, que recompensa mi ternura, haciéndome olvidar mis infortunios.

En seguida se acercáron las princesas á la ventana, y formáron corro. Ocupadas las tres en bordar, dissipaban el tedio inseparable de la grandeza, con el entretenimiento de un honesto trabajo. Sobre una mesa, en que solia escribir Clerly algunas máximas morales para el príncipe, atendió el rey el mapa de Francia, y cubriéndole con papel blanco, mandó á su hijo que practicasé las lecciones de geografia que le enseñaba, para darnos pruebas con esto de su aplicacion. Decid tambien de mi agradecimiento, amado padre, añadió el príncipe: y luego se puso á delinear con ligereza y exactitud

las divisiones, el nombre de cada departamento y de cada distrito, el curso de los rios, y las montañas mas notables.

.. A la leccion de geografia siguió otra de historia, en que ejercitaba Luis la memoria y el talento de su hijo, especialmente con sucesos de revoluciones. Habia hecho el rey un extracto sucinto, pero bastante puntual, de los mejores autores antiguos y modernos; y éste dia trataron el augusto maestro y su discípulo de la revolucion que arrojó del trono al famoso Dionísio, quien armado de una palaneta en vez de cetro, se ocupaba en enseñar á muchachos, en lugar de gobernar vasallos. Era bien conocida la alusion, y el rey se la hizo entender mas de intento á su hijo. Ya ves, Carli-

tos, le dijo, que no soy el único monarca destronado, que temple el rigor de su desgracia con el estudio. Dionisio enseñaba á leer.... —  
 ¿Y enseñaba á sus hijos? preguntó el príncipe con una mirada y un acento tan tierno, que las princesas suspendieron á un tiempo su trabajo; y María Teresa corrió á estrechar á su hermano en los brazos del monarca enternecido. Esta escena sencilla y tierna escitó á un tiempo nuestro gozo y sentimiento.

Acabóse la conferencia con un rato de música. Edwino, sin haberme prevenido, habia adoptado á la música de un romance conocido la letra siguiente, que cantó, dignándose acompañarle la reina con el piano.

En este umbroso bosque  
 La tierna tortolilla  
 De rama en rama salta,  
 Doliente y abatida.

De amor sentidos ayes  
 Á su consorte envia,  
 Y el eco así repite  
 Sus quejas espresivas:

Unidos nuestros pechos  
 Felices ser podrian,  
 Gozando en paz dichosa  
 Mil plácidas caricias.  
 Mas si de aquí distante  
 Mi ardiente amor esquivas,  
 ¿Cuál otra, di, volverte  
 Podrá tan firme dicha?  
 Escucha mis gemidos;  
 Cual yo tierno suspira,  
 Y fino corresponde,  
 Y torna á tu querida.

---

---

## NOCHE SÉPTIMA.

[www.libtool.com.cn](http://www.libtool.com.cn)

**O**cho días despues de aquella conversacion, que participamos Toulan y yo á los que dirigian la conjuracion, recibí una esquila de Manuel, en que me informaba que al dia siguiente la convencion nacional, reunida en una junta dè comision general y secreta, iba á ventilar con toda madurez la suerte de Luis xvi. Acompañaba á dicha esquila una licencia para poder entrar en la sala de juntas. Acabada ya mi comision quirúrgica, no hubo otro conducto para avisar al rey este nuevo inci-

dente que por medio del telégrafo.

Si se hubiese hecho pública esta sesion de la asociacion mas poderosa que hubo jamas en Europa, hubiera bastado para fijar la opinion acerca de sus mas notables individuos. Libres éstos de la vigilancia de los tribunales, los ví abandonarse sin reserva alguna á la pasion que los dominaba. Cuál se entregaba al fanatismo político; cuál á una exageracion revolucionaria; éste buscaba los aplausos; el otro manifestaba toda la astucia del engaño; algunos iban tras el amor de la gloria; otros tras los honores supremos; el número mayor se dejaba llevar del ímpetu de un patriotismo, respetable en su origen, terrible en sus choques y pernicioso en sus resultados. Voy á bosquejar, en cuanto me lo

permita la memoria, las cosas mas notables de esta escena verdaderamente teatral, y de la mayor importancia por los actores que la representaban, por la cuestion que en ella se ventiló, por el acaloramiento de los debates, y por el influjo que ha tenido en el destino del rey, de la Francia, de la Europa y de todo el mundo.

Luego que entré, ví que Gensonné era presidente; el lado izquierdo, llamado *la montaña*, estaba lleno de arriba abajo; en el centro habia bastante gente, y á la derecha casi nadie. Barrere estaba subido en la tribuna; reinaba un gran silencio, y todos escuchaban con interes á este diestro orador, cuyo talento flexible parecia que se acomodaba á todas las voluntades y



opiniones. Cada cual escuchándole, se imaginaba oír la espresion de su propio pensamiento, y en este concepto reunia todos los votos.

En el orden moral, decía Barre-re, hay ciertas verdades matemáticas en que todos convienen, así como todos admiten los hechos incontestables de la física. Pregúntese á cada uno de nosotros qué figura tiene el sol, y responderemos á una voz que redonda. Pregúntesenos también sobre los bienes de la esclavitud y males de la libertad, y nos parecerán éstos preferibles á aquellos; porque siendo poco numerosos unos y otros, queremos naturalmente la mayor suma de bienes, de la cual sólo hay que separar una cantidad pequeña de males.

Pero cuando vengamos á los me-

dios de formar la mayor suma de estos bienes y la segregacion mas considerable de estos males, entonces falta la unanimidad, el problema divide las opiniones, y los debates comienzan. Tal seria el punto en que nos hallaríamos, si no nos reuniese el interés comun de la patria. ¿Quién de vosotros pondria en cuestion la libertad de ella?

Dos opiniones principales, y al parecer irreconciliables, dividen la convencion. Los partidarios de la primera se imaginan que interesa á la gloria de este país y á la justicia de la asamblea, citar ante el tribunal de la opinion á un mortal que fue rey. Los que siguen la segunda, contemplan tan sólido al nuevo gobierno, que les parece inútil para afianzarle la humillacion de un mo-

marca, y aun creen que las naciones confederadas sólo esperan este pretesto, á falta de justo motivo, para armar contra nosotros á los pueblos preocupados. Cada uno pues halla en su patriotismo y en su conciencia la causa y el apoyo de su dictámen; y así cada cual debe felicitar al que le parece mas opuesto á su parecer, porque abrazando á un adversario, puede estrechar á un verdadero republicano.

Tras esta reunion fraternal, que reconcentra en un punto los corazones destinados á fundar la libertad, ¿escitaréis todavía una cuestion, cuyo interes particular debe envolverse y sepultarse en el interes general? ¿Qué importa al bien de la república que Luis duerma en un salon de las Tullerías, ó en

la torre del Temple? ¿Por ventura valen mas su existencia moral y su muerte política, que el tiempo que emplean los republicanos en ventilar estos puntos? Dejad dormir al hombre arrojado del trono, ó mas bien desembarazad al suelo de la libertad de los escombros de este mismo trono, quiero decir, de las instituciones monárquicas; póngase en circulación la sangre del cuerpo social estenuado, y de este modo se establecerá sólidamente la república.

¿Es este, exclamó Danton sin dejar su puesto, es este el lenguaje fiero y enérgico de un amigo de la libertad, ó el de un vil partidario de la tiranía? Aprobar todas las opiniones, ó despreciarlas todas, es no hacer nada. La sangre me hierve, cuando oigo tratar de indife-

rente el medio que proponemos. Indiferente, gran Dios! Sí, lo será para los que lisonjean igualmente á la república que á la soberanía, así como los que pasan de los brazos de una cortesana á los de otra. Pero nosotros, pontífices de la igualdad, aunque nos traten de Drúidas, le juramos un sacrificio digno de ellas; y si vuestro patriotismo volátil no se hubiese evaporado el día en que hicisteis un esfuerzo para proclamar á la república, la cabeza del tirano hubiera rodado á nuestros pies, y su sangre hubiese teñido la toga de los legisladores; pero entre tanto que llega esta hora empieza su causa criminal.

Sí, continuó Robespierre que había subido á la tribuna, empieza su

causa; veamos en un banquillo al que se sentaba en un trono, y padezca la soberanía la humillacion de ser acusada en la persona de Luis. Pero guardémonos de un acaloramiento que suele ser sumamente dañoso, cuando sale de la imaginacion exaltada y no del corazon sereno; pues son tan terribles los ardores del estío que agostan la vegetacion, como los yelos del norte que desecan el jugo nutricio. ¿Por qué nos hablan de cortar cabezas, de verter sangre? ¿por qué nos pintan á la libertad armada de un puñal? Ésta hiere sin duda, pero cuando la ley dirige sus golpes; mata, pero no asesina. Demos un carácter solemne al juicio del rey; comparezca delante de vosotros que representais á

la nacion. Como ella, sed desapasionados: mirad sólo á la patria, y mas que á ésta á la justicia.

Robespierre, dijo Saint-Just, ha presentado en pocas palabras los principios de la política, las reglas de la moral, y la teórica de las revoluciones. Legisladores, sólo tengo que añadir una palabra: la patria se engaña á veces por celo y á veces por interes: la justicia inflexible no comete errores; y en caso de cometerlos los enmienda. Juzgad pues al rey, y la justicia os dirá si se le ha de absolver ó condenar.

Otros oradores hablaron despues de éstos, variando sólo en algunas circunstancias; y así todos votaron por la misma opinion. Hasta entónces ninguno se habia opuesto, y me pareció que *la montaña* victoriosa

iba á conseguir el decreto sin discusion. Ya asomaba en el semblante de casi todos sus individuos la sonrisa del vencimiento, cuando Vergniaud sube á la tribuna, y con una voz penetrante y sonora explica su dictámen con estas palabras: busco entre vosotros legisladores, y no hallo mas que amotinados. — Al decir esto, suena en *la montaña* un sordo murmullo; el orador le desprecia y sigue. — No diré como Barrere que nos debe ser indiferente la suerte del preso. Y ¿por qué? ¿acaso por haber sido rey ha dejado de ser hombre? ¿no padece? ¿será un delito el compadecerle? atreveos á echármelo en cara.... Los clamores de las víctimas de setiembre os impondrán silencio. — Centenares de gritos se oyen á un tiempo en diversos pun-



tes de la sala: unos dicen: *silencio, silencio*; otros: *d la Abadía con él.* — *Abajo Vergniaud, que es un realista.* — *Dejad hablar al estadista.* — *Dejad cantar al canario de la Gironda.* El presidente repiquetea la campanilla, y Marat escalando la tribuna grita así: en honor de la asamblea, pido que se prohíba hablar á Vergniaud. En honor de Vergniaud, responde éste, pido que se apruebe la propuesta de Marat. — Crece el ruido, el tumulto se aumenta: treinta individuos de la montaña por un lado, y veinte diputados por el otro, saltan á la tribuna y hablan todos á un tiempo. Algunos gritos agudos penetran por esta confusa vocería, que no deja oír el repiqueteo de la campanilla: en todos los semblantes se pintan las pasiones desenfrenadas

con caracteres espantosos. Danton parece agigantado, pálido Robespierre, y Orleans encendido. Marat envuelto en un sucio ropage, está desasosegado en la tribuna, pateando y dando manotadas, mientras que Vergniaud con rostro sereno y sonrisa desdeñosa, espera el momento favorable para lanzar á sus viles antagonistas los victoriosos dardos de su elocuencia.

Llega por fin el instante favorable, y aprovechándose de él, esclama el orador: ¡qué gozoso estaria yo con las armas que vosotros mismos me suministráis, si esta lid no fuese tan sangrienta para la patria! ¿Qué es esto? ¿pretendeis gobernar imperios, y no sabéis moderar vuestras pasiones? ¿Quereis ser libres, no sabiendo ser justos? ¿quereis dictar leyes al mundo, no sa-

biendo arreglar vuestros deseos? ¡Qué espectáculo ofreceis á mis ojos espantados! Los gladiadores, á pesar de su ferocidad, se limitaban á defender su vida, y vosotros os disputais la de un semejante. ¿No os han saciado de sangre los bárbaros asesinatos de setiembre? En vano para disculpar la sed sangrienta que os devora, decís que es sangre de un rey. Á esto os respondo que ese rey es hombre, y que si tocais á su cabeza, millares de ellas serán cortadas despues de la suya. Veo la cuchilla en las manos de Cromwel, y porque no quiero que tenga el *pretendiente* un sucesor real; insisto en que no sea juzgado Carlos I. — Que diga á quien llama Cromwel, pregunta uno. — Me engaño, replicó Vergniaud, honrando con tal nombre

al cobarde ó bellaco que aspira á ocupar su lugar. Cromwel no estaba estragado por los vicios, ni corría desde las casas de disolucion á encenagarse en la sangre de los asesinatos. Cromwel, dotado de un talento estenso y poderoso, sabia amoldar un reino, y fundar á su arbitrio una república; pero el sugeto de quien hablo, y cuyo nombre reservo, no sabe mas que destruir, y le comparo al Genio del mal que ha salido del infierno á infestar al mundo. ¡Virtud angélica! ¿no nos enviarás otro espíritu benigno que le arranque su poder?

Vergniaud, y con él un gran número de diputados, probáron que el proceso intentado contra el rey, era injusto é impolítico al mismo tiempo. Finalmente me dilataria de-

masiado, si me detuviese en referir todos los discursos que se pronunciaron repentinamente en aquella sesión, digna de memoria, y por desgracia condenada al olvido. Hiciéronse en ella las propuestas mas extraordinarias, para desviar los espíritus del objeto principal: allí escuché proposiciones feroces, y réplicas elocuentes; espresiones llenas de furor y grosería, y arengas cultas, discretas y enérgicas. En fin, tras ocho horas de un combate terrible, en que el crimen osado combatia con fuerzas superiores á la elocuente, pero débil virtud, se decretó llevar á la convencion nacional la propuesta de juzgar á Luis XVI. Couthon, de quien no he hablado, pero que desde luego me pareció uno de los mas sanguinarios, aunque ocultaba sus inclinacio-

nes feroces con el disfraz de la modestia, se encargó de estender el discurso y de presentarle inmediatamente.

Aquella misma noche participó mi alumno al rey el resultado de la junta convencional, pidiéndole al mismo tiempo sus órdenes, que el monarca le comunicó en estos términos, poco mas ó ménos.

»La demasiada precipitacion puede molograrlo todo en vez de salvarnos: aunque creo la noticia que me comunicais, sin embargo no recelo fustestas consecuencias. No tendrán mis enemigos tanta osadía: esperemos un poco.»

Desmayé en vista de esta determinacion, á la cual tambien se opuso la reina, informada de todo por Toulan, con quien se esplicó así:

no hay que perder mas tiempo; har-  
to se ha desperdiciado hasta ahora.  
Si damos lugar á que se forme causa  
al rey, es inevitable su muerte, y  
todos nos perdemos. Nuestros ene-  
migos son unos tigres, que nos acu-  
sarán aun de sus propios delitos: cas-  
tiguemos los que han cometido ya,  
y evitemos los que pudieran come-  
ter en adelante. Prepárese todo para  
de aquí á dos días: reunid los nobles  
descontentos, los eclesiásticos despo-  
seidos de sus beneficios, los magis-  
trados envilecidos, los hacendados  
recelosos, los negociantes, y en fin  
cuantos tengan que perder por el  
nuevo sistema. Asegurad el influjo  
de los agentes extranjeros, unifor-  
mando tambien las opiniones de todos  
con un juramento, y estimulando su  
interes con lisonjeras promesas. No

confieis lo arduo de la empresa sino á los mas adictos, esto es, á los que van á perderlo ó á ganarlo todo. Páreceme que apuntan bien vuestras baterías; pero el acierto consiste en el modo de manejarlas, y entónces formaremos juicio. Sobre todo repito, que de aquí á dos dias, ó volvamos á ocupar el trono, ó nuestros cadáveres ensangrentados sacien el furor de esos verdugos. — Admirado Toulan de la heroica resolucion de la reina, prometió corresponder fielmente á su confianza...

Efectivamente el enardecimiento de S. M. cuadraba muy bien con el de este jóven, que no hallaba otro obstáculo para el buen éxito de la empresa, sino la indecision del rey; pero la reina se ofreció á vencerla, diciendo: la estuermada bondad de mi



esposo raya en flaqueza, pero á pesar suyo le salvarémos.

Empleóse el resto del dia en citar á los caudillos de la conspiracion para una junta general, que habia de tenerse la noche siguiente en la isla de los cisnes.

Á eso de media noche salimos de casa Edwino y yo muy embozados, y con sombreros alicaídos. Pasaba esto, como os he dicho ya, en el mes de diciembre: el cielo encapotado lanzaba sobre nosotros una copiosa nevada, que llevaba de un lado á otro en espesos remolinos el helado tramentana. Á costa de muchos rodeos evitamos el encuentro de las patrullas, el paso por los cuerpos de guardia, y la visita de los registros. Atravesando el campo de Marte, llegamos á la orilla del Sena, donde

estuvimos aguardando un rato, hasta que, precedida la seña en que nos habíamos convenido, oímos el rumor de un barquichuelo que venia hácia nosotros cortando las olas. Entramos en él, y el barquero nos pasó silenciosamente á la orilla opuesta, en donde nos recibieron y abrazáron cinco sugetos. Examinolos á la escasa vislumbre que reflejaba la nieve, y no puedo conocerlos; busco á Toulan, le llamo, y doy el santo, que era: *Kator, fidelidad*; y léjos de responderme, se miran unos á otros, se retiran y se hablan con misterio. Empiezo entónces á recelar algun engaño: Edwino teme lo mismo, y debajo de la capa prepara sus pistolas. Finalmente el mas pequeño de los cinco sugetos referidos, se me acerca, me quita el embozo, y mirándome aten-

tamente pregunta, si soy el *abate Siéyes*. ¡El abate Siéyes! exclamé sorprendido. ¿Por ventura sois vos?... Nada temais, me dice, soy Dumouriez. General, le repliqué, no quiero abusar de vuestra indiscrecion involuntaria; en retorno de ella, voy á confiaros mi nombre. No hablais con Siéyes, sino con el abate Fermont. — No sé si Dumouriez me conocia, ó si la sorpresa le hizo olvidar mi nombre, y aun mi existencia; pero lo cierto es que para hacerme entender de él, tuve que referirle brevemente cuál era mi designio, cuáles mis pensamientos en orden al rey, y los pasos que habia dado para libertarle. Acaso me tendréis por imprudente en haber revelado á semejante hombre un secreto tan importante; pero á mas de repugnarme un largo disi-

mulo, sobre todo cuando me sorprenden, juzgué de pronto que me podía ser muy útil este general, á vista de la opinion que habia manifestado al rey de Prusia en favor del de Francia. Por otra parte me constaba así por la relacion del mensajero enviado á Federico Guillermo, como por varias conversaciones que habia yo tenido con él, que Dumouriez, demasiado imprudente para caudillo de una conjuracion, queria ser tenido por cabeza de partido, aunque le faltaba la habilidad adecuada á esta empresa; no porque careciera de talento, sino por la diferencia tan grande que hay entre las maquinaciones del gabinete y la trama complicadísima de una conspiracion. Escuchóme Dumouriez muy atentamente, y guardando bastante entereza en esta oca-

sion, me habló del siguiente modo. Señor abate, en retorno de vuestra confianza, voy á haceros depositario de la mia. Aunque no me ha traído á este sitio el mismo objeto que á vos, con todo no son contradictorias nuestras miras, y creo que podeis muy bien cooperar á mi designio. Acaba de entablarse nuevamente por intervencion del rey de Prusia, á solicitud mia, el proyecto que desbarató el enviado particular de Luis XVI, y se reduce á disipar la anarquía, colocando en el trono frances á un descendiente de Henrique IV, que sea tan formidable en la guerra, como sábio y prudente en tiempos pacíficos. Yo como autor del plan, estoy encargado de asentar sus bases, y de elegir los medios de la egecucion; y no pudiendo presentarme en Paris

hasta nueva orden, avisé á Siéyes para que se viese aquí conmigo, á fin de ventilar ciertos puntos en que le considero impuesto. Esta cita ha chocado, por decirlo así, con la vuestra, ocasionando una mútua equivocacion; pero no me pesa, puesto que podemos sernos útiles uno á otro.

El general pasó luego á descifrar-me los pormenores de su proyecto, que admitido igualmente por las potencias en cuyo nombre trataba, venia á reducirse: á manejar con destreza todos los partidos, á transigir con sus principales gefes ó cabezas, á superar indirectamente los obstáculos, y á reunir mañosamente todas las opiniones en favor de su protegido.

Ofrecia sin duda este plan muchos beneficios, siendo el principal

de ellos la estincion de la hoguera revolucionaria, y el oponer un dique á la sangrienta inundacion que amenazaba á la nueva república. Mas ¿por ventura se habian previsto todos los obstáculos? Y en caso de ser así, ¿tendrian bastante fuerza los muelles destinados á contrastar la resistencia? ¿De qué modo podria persuadirse al duque de Orleans, que era incapaz para reinar, y á sus amigos, que no eran á propósito para embajadores, generales ó ministros? Á estas dificultades respondió Dumouriez que los ducados de Berlin y las guineas inglesas lo allanarian todo. Enhorabuena, repliqué: pero ¿acaso se comprará con oro el consentimiento del rey? y aun dando por sentado que acceda á abdicar por sí, ¿lo hará tambien por

su hijo? ¿Querrá sacrificar el derecho de sus descendientes en línea recta á la ambicion de los parientes colaterales? Y ¿cómo se vencerá la indomable altanería de la reina, que no halla medio entre el cadalso y el trono? En esto, repuso Dumouriez, podeis ser sumamente útil al rey vuestro amigo, y al duque de Chártres, que os dará pruebas de su estimacion. Combatid la conciencia y el carácter de Luis XVI con las armas que os suministrarán la religion y las circunstancias. Si no nos engañan los informes de nuestros agentes, va luego á formarse causa al rey; y en este caso, ¿quién no echará de ver las funestas resultas, que pueden seguirse de un negocio, tan semejante en todas circunstancias al de Carlos Estuardo? ¿No



ha dicho Danton en plena asamblea que á los monarcas se les debe descargar el golpe en la cabeza? Esto es lo que conviene avisar al rey; esto lo que debe hacérsele temer, proponiéndole un remedio á mal tamaño; remedio, añadió Dumouriez con enardecimiento, seguro é infalible, y es el siguiente: que renuncie en favor del duque de Chártres el derecho que tiene á la corona, y le aseguro la vida y la de su familia, su libertad, y un retiro tan honroso como tranquilo. — Por muy indigna y perjudicial que me pareciese esta propuesta, no tuve por conveniente el contradecirla. Finalmente el general negociador, despues de haber aguardado largo tiempo á Siéyes, que no pareció, se separó de mí, con la esperanza de que le daría una

respuesta pronta y favorable, á cuyo fin me encargó la direccion de ella á Passy, bajo un nombre supuesto.

Estimo sobremanera al rey, me dijo Edwino, por sus virtudes y genial bondad; sabeis cuánto amo á su adorable hija; y con todo no quisiera verlos libres á tanta costa. Espero pues, mi querido maestro, que ni aun daréis parte á los presos de tan indignas condiciones.

Aseguré en esta parte á mi alumno, cuyo pundonor templó de algun modo el dolor que me causaba la humillacion del monarca, respecto de quien todos se contemplaban con derecho, ó para pedir su muerte, ó para poner en venta su vida.

Era ya muy entrada la noche, y no parecian los sugetos citados que esperábamos. El barquero que nos

habia pasado el rio se fue á conducir á Dumouriez y á sus compañeros, entre quienes es de creer se hallase el primogénito de Orleans. No sabiendo pues en qué emplear el tiempo, que se hacia mas largo con el frio y la oscuridad, nos dimos á reconocer la isleta en que nos hallábamos. Apenas hubimos andado unos cien pasos, cuando nos detuvo un centinela preguntando en voz alta, *¿quién vive!* Al pronto no supe qué decir; pero ocurriéndome que podria ser Toulon, ó alguno de su bando, respondí: *Valor*; y me correspondiéron con la palabra de *Fidelidad*. En seguida nos acompañó el centinela hasta la entrada de un subterráneo, y abriendo una trampa que le cubria, nos introdujo en una

estancia alumbrada por una triste lámpara.

Aquí estaba reunida la junta, de cuyos individuos me había separado la poca exactitud con que se diéron las señales, y á quienes me pareció conveniente callar el encuentro que había tenido. Toulan que acababa de manifestar á la junta el estado de las cosas y el deseo de SS. MM., propuso que se tomase juramento á todos los individuos reunidos, quienes tuviéron á bien nombrarme para que le recibiese. Entónces cada cual; arrodillado delante de una mesa que servia de altar, y puesta la mano sobre los Evangelios, juró *emplear todas sus fuerzas físicas é intelectuales en la restauracion de la monarquía, y en el rescate y libertad del*

*rey y de su familia.* Era ciertamente magestuoso el espectáculo de aquella noche, en que reunidos bajo la escarpada bóveda de una caverna, y á la trémula luz de una lámpara sepulcral, treinta personajes, señalados por su distinguida gerarquía y repentino aniquilamiento, y respetables por su acrisolada lealtad, prometieron sacrificar á la causa del rey su reposo y seguridad, sus vidas y haciendas. El silencio y la tristeza de la noche, los rugidos del huracán que se oían encima de nosotros, la hora intempestiva, la reunion de treinta sujetos tan diferentes en inclinaciones, intereses, semblantes, y aun en los mismos trages; y en medio de ellos (teniendo delante aquel libro divino, prueba de la religion y prenda de nuestra salud)

nalmente contra él la sentencia de muerte, ya para evitar que la impunidad de su traicion alentase á otros que reservadamente siguiesen sus pasos, y ya porque él mismo, cercado de nuevos sediciosos, no osase tramar otra conspiracion. Á fin de acompañar este severo juicio con el terrible aparato que escita el temor y asegura la obediencia, se dispuso que se comunicase al acusado para su defensa un breve traslado de la sumaria, formada de antemano por una comision de siete miembros del parlamento, dos de ellos pares de Francia y los únicos que se pudieron reunir: y esto hecho, se procediera luego á la egecucion del modo mas solemne. Por lo que hace á los cómplices del duque, acusados por la opinion, convencidos por sus

mismos delitos bien notorios y escandalosos, y condenados por la razón y la justicia, se decretó entregarlos, bien á comisiones militares, bien á la justicia ordinaria, para que los castigase como á los foragidos mas desalmados. El destierro de los mas señalados revoltosos, el encierro perpetuo de otros ménos atroces y peligrosos, una vigilancia celosa para espiar á los que hubiesen abrazado las opiniones revolucionarias, y su exclusion general de los empleos públicos, eran otros tantos medios para aniquilar el partido contrario. Observé con gusto, que todos se contentaban con esta última precaucion; es decir, con escluir perpetuamente de los empleos públicos á todos aquellos que se habian declarado republicanos, sin tomar parte en

los atroces designios de los *anarquistas*: porque haciendo esta distincion tan señalada entre unos y otros, se manifestaba cierta estimacion á los republicanos, y el odio debido á los agentes del terror revolucionario. Efectivamente, los primeros eran sólo de temer por sus opiniones, y conducta opuesta al sistema de gobierno que se trataba de restablecer; y por consiguiente si la justicia exigia que se tuviera alguna consideracion con ellos, la prudencia aconsejaba que no se los emplease. En cuanto á los emigrados, como no constaba aun, si reuniéndose en la otra parte del Rhin, habian tomado las armas con intencion de guerrear contra la patria, quedó indecisa la cuestion sobre restablecerlos en sus antiguos puestos, á pesar de las vivas reclamacio-



nes de algunos partidarios suyos, que á decir verdad, se habian mostrado mas rigurosos que otro alguno en los medios adoptados.

Fijóse para la noche siguiente la egecucion de este grande proyecto, de que pendia la suerte de la Francia y de su monarca. Las doce y media era la hora aplazada, y la señal en que nos convenimos fue el incendio del Temple, y un cañonazo disparado en el Puente nuevo, cuyo puesto avanzado estaba por nosotros. De resultas de tan espantosa novedad, era de esperar que todos los habitantes de Paris saliesen de sus casas, y que de este modo se poblasen de gente las calles y las plazas.

Al mismo tiempo las tropas que seguian el partido del rey, distri-

buidas en todos los barrios del pueblo, debian apoderarse de los puntos mas importantes, de la tesorería y armería, y del palacio de Orleans, impidiendo por todos los medios posibles la reunion de los diputados en la sala convencional, ó en otra cualquiera parte. Asimismo una division de tropa, escogida y mandada por gefes inteligentes y experimentados, habia de dar muerte á los principales rebeldes, y en caso que éstos tuvieran aun algunos defensores temerarios, acabar con todos ellos egecutivamente.

Al restablecimiento de la monarquía debia tambien preceder el pronto arresto de los individuos del consejo egecutivo, de los administradores del departamento del Sena, de los miembros mas corrompidos de

la municipalidad, de un gran número de jacobinos y diaristas sediciosos, y demas propagadores de los excesos de la anarquía. Mientras que todo esto se verificaba á un mismo tiempo, Luis XVI y su familia, libres de la prision á favor del incendio, habian de retirarse á casa de madama Clary Malwood, donde cuidaríamos de ellos Fanny, Fitz-Asland y yo, que tambien tenia el encargo de aconsejar á SS. MM. y á la familia real (luego que me avisasen los realistas de su victoria) que saliesen á caballo por las calles de Paris, escoltados por mucha tropa, para reconquistar con el acero en la mano el trono de Carlo-magno, de San Luis y de Henrique IV.

Tal fue en suma el plan que se concertó, dejando á la prudencia de

los gefes los medios parciales que considerasen oportunos al logro del intento. Por último se determinó despachar correos á las provincias y á los países estrangeros con la noticia de la conspiracion, para comunicar el impulso del centro á toda la circunferencia y apoyarse en las fuerzas de los confederados.

Esta sesion inflamó á mi alumno, fortaleciendo mas y mas sus pensamientos generosos. Mi amada María Teresa, decía, va á subir otra vez á la cumbre de la grandeza, y á alejarse de mí para siempre: acabó ya el proyecto de una vida pastoril. Pero no importa: sea ella feliz, y yo quedaré satisfecho, pudiendo decir con orgullo cuando la vea en el trono: he aquí la obra de mi amor.

Léjos estaba yo de abrigar el mis-

mo entusiasmo, no porque fuesen inferiores á los de Edwino mis deseos de restablecer á la familia real, sino porque el momento de la ejecución me parecia terrible y espantoso. Figurábame ya ardiendo á Paris en una guerra civil, desencadenadas las pasiones mas violentas, abierta el camino á las venganzas personales, é inundada en sangre la tierra. Cualquiera partido que venciese, la perspectiva siempre era para mí la misma, con la diferencia del objeto: siempre se me representaban millares de hombres, arrancados á la sociedad por una muerte trágica y prematura, y nunca he podido dar entrada en mi pecho al sistema feroz, que trastornando las ideas y los afectos naturales, no deja que el hombre se compadezca de su se-

mejante, si es un enemigo: como si por ser uno ingles ó frances, republicano ó realista, dejase de pertenecer á la misma familia que puebla la tierra.

No estaba yo comprometido en la empresa con juramento alguno; pero mi conciencia, el pundonor y la virtud me estimuláron á participar al rey cuanto habia pasado en aquella noche memorable, y aun me pareció conveniente noticiarle mi encuentro con Dumouriez, persuadido de que en la actual situacion de las cosas, seria una suma imprudencia el ocultar la verdad. Luis me respondió en estos términos.

## ESQUELA DE LUIS XVI,

TRASLADADA

DEL ESPEJO CÓNCAVO.

*(Documentos justificativos, núm. 13.)*

„ Señor de Fermont: por la amistad que me profesais os ruego, y en caso necesario os mando con toda mi autoridad, que de ningún modo coopereis á los proyectos consabidos: el de Dumouriez me horroriza, y el otro me hace temblar. Decid pues á los que le han ideado que suspendan la egecucion, y que sólo tendré por vasallos fieles á los que me obedezcan.”

Contesté sin dilacion á S. M. que le acreditaria mi celo y estimacion sirviéndole, no como yo deseaba,

sino segun las órdenes que me habia comunicado.

Era ya preciso manifestar la carta del rey á los gefes de la conjuracion. En otro tiempo habia yo conocido á los principales de ellos en la córte; pero ahora que andaban fugitivos y precisados á ocultarse, no me era posible saber su paradero. Encaminéme pues á la casa de Toulan, y habiéndome dicho que estaba en la municipalidad, me dirigí allá inmediatamente, pero luego supe que acababa de salir para el Temple, en donde no podia presentarme sin ser conocido: por consecuencia me ví precisado á esperar, aunque estaba viendo llegar por instantes la hora fatal, y cualquier dilacion podia ocasionar una ruina inevitable.



Al cabo de dos horas volvió Toulan con el rostro encendido, los ojos centellantes y descompuesto el cabello. Salgamos, me dijo, pues tengo que hablaros. Entramos en un coche de alquiler que nos llevó al jardín de la armería: de tiempo en tiempo se le escapaban á Toulan algunas exclamaciones interrumpidas con profundos y largos suspiros, y entre tanto que se serenaba, le leí la carta del rey; pero ésta lejos de aquietarle, púsole mas irritado y furioso. No hay remedio, exclamó, siempre pusilánime ese monarca indolente, que no sabiendo discurrir ni obrar por sí mismo, siquiera no deja á otros que piensen y trabajen por su bien. ¡Ó princesa augusta y desventurada! ¡cuánto os compadezco al considerar vuestro grande áni-

mo, sujeto al de un esposo tan indigno! Pero no importa; sabrémos vencer cuantos obstáculos nos oponga: se verá precisado el cobarde, ó á mostrarse valiente, ó á perecer á puñaladas. — Aunque me indignaban las espresiones injuriosas, el tono y ademán violento de Toulan, le rogué sin embargo que se explicase mas. Y ¿qué podré deciros, me respondió, que no sepais? ¿Acaso esa carta y mi enojo necesitan explicacion? Insistí, á pesar de esto. Pues bien, continuó el municipal, sabed que me encaminé al Temple algun tiempo despues que por una prudencia tímida y de mi desaprobacion, disteis cuenta al rey de nuestros proyectos. Halléle acompañado de su familia, y apenas hube cerrado la puerta, cuando corriendo á mí me

dijo con brutal furor: ¿con que habeis resuelto perderme? sois un ambicioso, y sólo intentais labrar vuestra fortuna bajo un pretexto laudable; pero desengañaos, que yo, lejos de dar mi beneplácito, os prohibo continuar en una empresa desatinada, que sólo puede acarrearne la deshonra y la muerte. La reina, tan agradable como animosa, se levanta al oir estas palabras, y acercándose á su esposo, le dice: ¿por qué castigas así el celo de Toulan? ¿acaso será él delincuente porque tú seas débil? ¿es justo tratar como enemigo al que quiere ser tu libertador? No admito sus servicios, respondió el monarca, porque ocasionarian su ruina y la nuestra. — ¿Con que prefieres la vida ignominiosa que pasamos en esta torre, á la gloria del

triunfo que nos espera? ¿y desatien-  
 des los sacrificios de una nobleza leal,  
 por ocuparte sólo en tu propia tran-  
 quilidad? Hasta aquí has consentido  
 y auxiliado nuestros esfuerzos, y  
 ahora que se acerca el momento de  
 la lucha, ¿dudas? ó por mejor decir,  
 ¿evitas el combate? Pero ¿por qué  
 debo yo extrañarlo? ¿no hiciste lo  
 mismo en otras situaciones igualmen-  
 te críticas? ¿Supiste acaso preservar  
 mi lecho de las infamias del 6 de  
 octubre? ¿castigaste por ventura el  
 atentado de 28 de febrero? ¿No  
 sancionaste el crimen inaudito de 20  
 de junio, deshonorando con el gorro  
 de los foragidos unas sienes que ha-  
 bia ceñido la diadema? ¿no se des-  
 plomó bajo tus plantas fugitivas el  
 trono, en que debias morir con el  
 cetro en la mano? Y ¿á cuántos mas

delitos no ha dado lugar tu debilidad? Aun hoy mismo, hoy en que un valor sin límites y una lealtad á toda prueba quiere castigar á tus enemigos, ¿vacilas? ¿rehusas tu beneplácito? ¡Ó! ¡cuánto tienen que agradecerte los conspiradores! ¿Quién es mas cómplice de ellos que tú? Pero vana será la esperanza que fundan mas en tu miedo que en su audacia. Descendiente de los mas augustos progenitores, hija de la inmortal María Teresa, esposa del rey de Francia y madre del heredero de la corona, sabré justificar estos títulos: á pesar tuyo sabré arrancarte de esta prision; á pesar tuyo ceñiré con la diadema tus pálidas sienes, y en fin á pesar tuyo volverás á ser rey, y la Europa te tendrá por hombre.

Durante este discurso, el rey

atónito y recostado en un sofá, se entregaba á una profunda y triste meditacion: sus hijos sollozaban abrazados de madama Isabel, y ésta lanzaba dolientes suspiros levantando al cielo sus ojos llorosos; pero la reina sin cuidarse de este espectáculo, me dijo: Toulan, vuestro celo me ha dejado satisfecha; continuad dándome pruebas de él. Antonieta os lo ruega, añadió dirigiéndome una mirada irresistible; y tu reina te lo manda, concluyó erguiendo la cabeza con magestuosa dignidad. Despidiéndome estaba ya de SS. MM., cuando levantándose el rey y asiéndome fuertemente del brazo, me dijo con voz colérica: yo te lo prohibo segunda vez; triste de tí, si no me obedeces: y diciendo esto, nos deja y se encierra en su gabinete.

El amor de Toulán, que la reina fomentaba con una halagüeña esperanza, la humillación que le había hecho sufrir el rey, y tal vez alguna dosis de ambición que suele mezclarse, á pesar nuestro, en las acciones mas indiferentes, habían trastornado enteramente su juicio, y así le dejó muy pesaroso y convencido del mal éxito de su proyecto, puesto que desaprobándole el rey, no haría mas que acelerar su ruina, la destrucción de su partido y el triunfo de los facciosos.

Madama Melvood, con quien fui á conferenciar en seguida, se espantó de ver estampada en mi semblante la desesperación, y luego que se instruyó del motivo, me aconsejó dar otro paso para convencer al monarca. Á consecuencia de esto su-

bimos al gabinete octágono, desde donde dirigí á S. M. una eskuela concebida en los términos más egecutivos; pero por desgracia mia no tuvo respuesta. En mi estado de suma inquietud osé penetrar, por medio del espejo reflexivo, hasta la habitación, y en cierto modo hasta el mismo pensamiento de Luis xvi. ¡Qué espectáculo tan tierno se presentó entónces á mis ojos! El monarca reclinado en su lecho, apoyada la cabeza en una mano, y con la otra enjugándose los ojos, estaba acompañado de su hermana y su hija arrodilladas á sus pies, y á dos ó tres pasos de allí el jóven Cárlos, abrazado de su madre, parecia que la suplicaba ardientemente con expresivas miradas se acercase á su esposo. Esta escena duró algunos mi-



autos, hasta que Luis, al parecer ablandado y enternecido, tendió los brazos á la reina, convidándola con los ojos llorosos, segun mi juicio, á una reconciliacion. Antonieta, cuya entereza se rendia siempre á la impresion de la amistad y á los impulsos de la naturaleza, se arrojó llorando á los brazos de su esposo, quien despues de haberla estrechado tiernamente, escribió este renglon en la máquina telegráfica: *haced lo que tengais por mas conveniente; accedo á todo*. Fuí luego á llevar esta respuesta á Toulon, quien la recibió con bastante indiferencia, asegurándome que en nada alteraba las últimas disposiciones.

Era ya entrada la noche, y no estaba léjos la hora señalada para dar principio á nuestro proyecto. Fuí á

esperarla con Edwino á mi puesto, es decir, á casa de madama Melwood, y me puse á contemplar horrorizado lo crítico de la empresa. ¿Podia darse en efecto, alguna mas importante en sus resultados, ni mas terrible en su egecucion? ¿Qué problemas tan difíciles los que iban á resolverse! Se trataba nada ménos que de libertar una familia real; restablecer en el trono á un monarca; reducir á todo un pueblo bajo de la autoridad y del yugo que acababa de sacudir, conteniéndole dentro de los límites que habia traspasado; sujetar á una faccion, que no tenia mas objeto que la anarquía, el robo y la desolacion; castigar á sus gefes; no perder de vista á los de los republicanos; y sostener ademas y dirigir á los mismos instrumentos de esta re-

volucion, no fuese que aun, en medio del noble impulso que los animaba, se propasasen á cometer algun esceso ó vileza. El extraordinario tino que era indispensable para semejante empresa, me hizo temer que no seria tan feliz el resultado como yo deseaba. Dios mio, exclamé, vos que disponeis del corazon de los reyes y de la suerte de los imperios, conceded á la Francia lo que mas convenga á su felicidad y á vuestra gloria.

Oscurécese mas y mas la noche; pero yo observo desde el gabinete cuanto pasa en las calles y en los patios del Temple, velando en el precioso depósito que encierra aquella prision. Estaban entónces separados los presos: un veloncillo puesto sobre el bufete del rey alumbraba la estancia: dejábase ver éste

monarca, ántes tranquilo con sus cadenas, inquieto y pensativo en el momento que iban á romperse. Ya da algunos pasos acelerados; ya se pára, suspira profundamente, y se sienta con ánimo de escribir; mas apénas ha escrito dos líneas, se levanta y pasea de nuevo. Repentinamente se arrodilla, levanta sus inocentes manos al Árbitro de los imperios y Rey de reyes, y segun su espresion, entiendo que le ruega, aleje de la Francia los males de que se ve amenazada. ¡Desventurado príncipe! ¿cómo se portó el cielo tan riguroso contigo y con la Francia, pues no fue oída tu súplica, presentada á los pies del Eterno por el ángel de misericordia, ni lograste mas respuesta que un severo castigo?

Doce veces suena la campana

del reloj, y doce veces se me yela la sangre en las venas. Hijo mío, dice el abate de Fermont interrumpiendo su historia y dirigiéndose á mí; esta noche no es parecida á aquella. Ahora los apacibles rayos del sol poniente templan la frescura del otoño, las hojas de los árboles que mueve el blando viento, son un vestigio de la pompa de la primavera, y ese hermoso y resplandeciente cielo sugiere pensamientos grandiosos y sublimes; pero otro espectáculo muy diferente ofrecia aquella noche desastrada. El helado septentrion sopla entonces con furia espantosa, mientras un espeso toldo de nubes, cargadas de nieve y yelo, ocultaba el azulado firmamento, en cuyo inmenso espacio resonaban de tiempo en tiempo funebres cla-

mores, seguidos de un silencio espantoso.

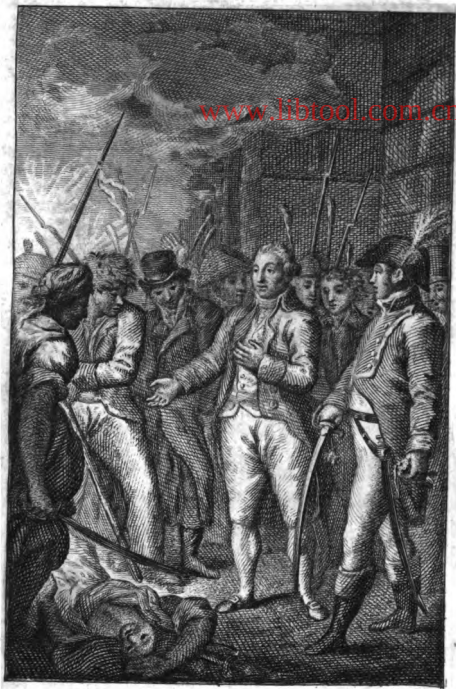
Poco despues de las doce me pareció que distinguia á la luz de los faroles una ráfaga de humo blanquecino, que salia de uno de los ángulos de la torre. Esta es la señal, dije á madama Melvood estrechando su mano: no tardaremos en oir el cañonazo. Al mismo tiempo entra Edwino con su hermana, diciendo: ánimo, que todo va bien: la señal está dada, y en breve oiremos el cañonazo de alarma. Fanny que venia con su hermano, ya ven ustedes el humo, nos dijo; esta es la señal: pronto se oirá el cañonazo de alarma. — Las orejas me reteñian al oir esta terrible palabra, mi corazon palpitaba, y hasta la boca repetia sin quererlo: ¡alarma, alarma!

Después de un breve rato se deja ver en medio de un torbellino de humo negro y denso una viva y rápida llama, que parecida á una columna en su origen, se estiende poco á poco, y se divide en varios ramales de fuego ondeantes y flexibles, que suben á encender las antiguas almenas. Al resplandor del incendio las gentes se conmueven, se inquietan y se reúnen: el rey atónito al ver la hoguera, se asusta mas que ninguno. Oyense alaridos por todas partes, y la campana del Temple toca á rebato. La muchedumbre acude atropelladamente á los patios del palacio, y aunque no habia yo oído el cañonazo del Puente nuevo, no dudo que ha comenzado la conspiracion acordada. Madama Clary piensa lo mismo que yo: Fitz-

Asland sale á informarse; pero yo estaba tan persuadido de la verdad del hecho, que me puse á preparar lo necesario para recibir á la familia real ya libertada.

Esperando estuve el resultado un cuarto de hora, maravillado de no oír el cañonazo, y de cada vez mas inquieto con los progresos del incendio, y con los gritos y el alboroto de la muchedumbre, temblando que aconteciese una desgracia á la familia real y á mi alumno. Entre tanto las bombas se empleaban ya en apagar el incendio, despidiendo tan grandes raudales, que me ocultaban la ventana del cuarto del rey, adonde dirigia mi vista de tiempo en tiempo. Este accidente aumenta mi temor é incertidumbre, y sin poder contenerme salgo del cuarto, dejando á





*El aspecto del Rey, que se presenta  
entonces con reposo y majestad, detie-  
ne á la muchedumbre.* Tom. II<sup>o</sup> pag. 170.

[www.libtool.com.cn](http://www.libtool.com.cn)

madama Clary. Al bajar la escalera tropieza conmigo un hombre; retrocedo, y mirándole con atención conozco á Edwino; pero ¿en qué estado? sobresaltado, trémulo, desgarrado el vestido, erizado el cabello y ensangrentado el rostro. Quiero preguntarle y me lleva por fuerza al gabinete, en donde se reposa y cobra aliento, limpiándole madama Melvood la sangre y el sudor que le corría de la frente, y preguntándole por su hija. Yo también quise saber del rey y de su familia, y esperaba la respuesta con gran sobresalto.

Tranquilizaos, nos dijo Fitz-Asland; ninguna desgracia ha tenido mi hermana: el rey y su familia han escapado del puñal de los asesinos: éstos no existen ya, y los augustos presos respiran. Por lo demás se ha

desbaratado el plan de la conjuración, y el rey vuelve á verse oprimido con mas pesadas cadenas: Toulan y otros seis personajes están presos. — Cada palabra de mi alumno era un golpe mortal; mas á pesar del terror que me inspira, le ruego se explique mas; y él lo hace en estos términos.

Recorriendo en compañía de Fanny las filas de los soldados armados y los corrillos del pueblo indefenso, observaba todos los semblantes, y escuchaba todas las conversaciones, y por ninguna señal pude rastrear que se hubiese descubierto la conjuración, ni tampoco si los ánimos estaban dispuestos á apoyarla. Sólo noté que en algunos corros separados hablaban en voz baja, y queriendo acercarme á ellos, fui rechazado

con aspereza. En esto comienza á levantarse entre la muchedumbre un murmullo sordo, que toma mas y mas incremento: declábase que estaban en gran riesgo las vidas del rey y de su familia. Oir esta voz, atravesar por medio del pueblo reunido, llegar al Temple y subir la escalera, á pesar del innumerable gentío que la embarazaba, todo esto lo hicimos mi hermana y yo en un momento. Llegamos á los primeros pestigos, y ya los habia forzado: con el sable en mano nos abrimos paso hasta las segundas rejas defendidas por dos carceleros; pero un tropel de gente armada las abre y pasa adelante. Ocurrióme de repente el pensamiento de meterme en medio de los armados, dándoles á entender que mi designio era igual al suyo. Sus fero-

ces semblantes, sus insolentes dictorios y la clase de armas que empuñan, me hacen conocer evidentemente que son asesinos. Como yo llevaba uniforme y esgrimía el sable en medio de todos, me ceden desde luego el primer lugar; y aunque preveía el riesgo que me amenazaba, sólo trato de libertar á los presos de la muerte. En efecto, llegamos al tercer postigo, y el que le guardaba huye arrojando las llaves, y me apodero de ellas. Entre tanto resuenan al rededor de mí los gritos de muerte, y ya sólo se trata del género de suplicio con que han de espirar los desdichados presos. Observando á cuantos me rodeaban, sólo descubro hombres frenéticos, de cuyas espantosas bocas no salen mas que amenazas y maldiciones. Sin embargo, no

era tan considerable el número de los asesinos como el de los curiosos, pues habiendo yo preguntado á todos si era su intencion sacrificar á Luis XVI, no tuve mas respuesta que un triste silencio, en medio del cual cinco á seis voces solas pidiéron su cabeza. Al oírlo dije, que seria inhumanidad horrorosa asesinar á unos presos, que, aun dado caso fuesen culpables, estaban indefensos, y por otra parte habian de ser juzgados segun la ley. La mayor parte de los que me escuchaban aprobaron mi pensamiento; pero al contrario los asesinos, gritan rabiosos, me cercan, me acosan y me amenazan con sus armas. Apártolos de mí con el sable, amenazando de muerte al que tenga la osadía de acercárseme; y repentinamente al terrible esplendor del

Incendio que alumbraba este horroroso espectáculo, veo centellar junto á mi pecho un desmedido alfange: evito el golpe; pero no tan bien que deje de herirme, aunque levemente. La vista de la sangre redobla mi esfuerzo, descargo furiosos golpes acá y allá, y hiero á dos asesinos. En esto un empellon violento quebranta la puerta, y los foragidos tratan de entrar por ella; pero yo los contengo. Repito los golpes, y uno de los asesinos cae muerto; los dos ya heridos abandonan el combate, y los demas huyen. El aspecto del rey, que se presenta entónces con reposo y magestad, detiene á la muchedumbre. Herid, les dice, bañaos en la sangre de vuestro rey; pero á lo ménos perdonad á mi esposa y á mi inocente familia. Estas



palabras, dichas con cierta firmeza patética, enternecen y espantan á los facciosos: unos avergonzados bajaban al suelo la vista, y otros vertían lágrimas: en fin todas las olas irritadas de esta tempestad espantosa iban á estrellarse á los pies del monarca, amenazado ántes por ella. Á esta sazón llega un oficial de la municipalidad, manda á la gente que se retire, y tranquiliza al rey diciéndole: dos conspiraciones estaban tramadas contra vos; la una para sacaros de la prision y colocaros de nuevo en el trono, y la otra para terminar con un asesinato vuestra vida y la de vuestra familia. Esta trama ha sido deshecha por la vigilancia de la municipalidad y de los republicanos. Acaban de ser arrestados varios personajes que seguian

vuestro partido, y entre ellos Toulan, cuyo delito va á descubrirse por entero. Por lo que á vos toca, miéntras esteis bajo la responsabilidad del tribunal, el puñal podrá amenazaros, pero nunca heriros.

Fanny, que entró al acabar Edwino su relacion, nos dió mas recientes noticias. Decíase de pública voz, que habiendo asegurado la reina al oficial municipal que estaba de guardia en su cuarto, que aquella noche sería la última de su prision, entró en sospecha el magistrado, y al punto dió cuenta á la municipalidad: que ésta recelosa ya desde el interrogatorio que en 17 de agosto habia hecho el tribunal á la reina, á Clery, Chamilly, Maleshérbes y á mí, y confirmadas ahora sus sospechas por la indiscrecion de la mis-

ma reina, mandó inmediatamente poner centinelas dobles en los puestos mas importantes, y guardar con mayor vigilancia los cañones, mudando al mismo tiempo el santo: que cuando el fuego se manifestó en la torre del Temple, Toulan, sospechoso ya á la municipalidad y observado siempre por ella, se habia presentado en el cuerpo de guardia del Puente nuevo, en donde esperaba ver á sus amigos; pero en vez de esto fue arrestado allí con dos de sus compañeros, dos presidentes de secciones y un oficial general: que á éste se le encontró una lista de conjurados, entre quienes habia varios personajes señalados, así en el antiguo gobierno como en el nuevo, muchos de los cuales habian sido arrestados, y á los demas se los esta-

ba buscando; finalmente, que los presos mas encerrados que nunca, sufririan una inspeccion mas vigilante, y que la municipalidad estaba tratando de los medios mas rigurosos para afianzar su existencia, la seguridad de la prision, y su propia responsabilidad.

Estas nuevas me hiciéron conocer que ya no habia probabilidad alguna de libertad ni restablecer á la familia real; ora hubiesen desbaratado el plan los republicanos, ora los anarquistas. Con todo, en el primer caso me restaba aun la esperanza, ó por mejor decir la certeza de salvar la vida al rey y á su familia, y aun de alcanzar su libertad en adelante. Pero admitiendo el otro supuesto, ¡qué perspectiva tan triste se me presentaba acerca de

los ilustres presos! Sumergidos nuevamente estos infelices en un abismo de calamidades, no les quedaba mas recurso que el celo de un fiel servidor como yo, interesado en la conservacion de una familia tan desventurada, que aun escitaba la compasion de sus enemigos. Antes pues de separarme de madama Clary, hice saber á Luis el resultado principal de aquel funesto dia, protestándole que mi celo y desinteres duraria tanto como mi existencia. Hace mucho tiempo, me respondió el rey, que estoy resignado á todo, y el último acontecimiento no ha hecho mas que fortalecer mi resignacion. Compadezco á la reina y á mi hermana: mis inocentes hijos me enternecen, y en favor de ellos solamente reclamo vuestra amistad. Por lo que hace á

mí, creo que podeis orar por mi reposo eterno, como si estuviese difunto. — No pude leer entónces ni repetir ahora estas líneas patéticas, sin sentir una violenta opresion de corazon, y derramar amargas lágrimas.

El dia siguiente, que era el 3 de diciembre, fue muy alborotada la sesion del cuerpo convencional, en donde se hiciéron las propuestas mas atroces, con toda la insolencia de la anarquía victoriosa, llegando á tal extremo que algunos pidiéron la muerte de Luis en el término de veinte y cuatro horas. Es verdad que los republicanos hiciéron los mayores esfuerzos para desvanecer tan inhumanos pensamientos; pero quando la asamblea, ya mas sosegada, propuso esta cuestion: *si el rey ha*

*de ser juzgado, y si lo ha de ser por ella*, todos votáron por la afirmativa, contra la opinion que habian manifestado hasta entónces, y faltando á la palabra que me habian dado por medio de Manuel. Sin duda procediéron así recelosos de las tentativas que el abatido gobierno hacia para restablecerse. ¡Estraño enlace de los sucesos que preparan el destino del hombre! Los mismos esfuerzos que se hacen para enfrenar su curso, sólo sirven para comunicarle mayor fuerza y rapidez: así un torrente impetuoso corre con mayor furia y desenfreno, cuando ha arrollado los diques que se oponian á su rápida corriente.

---

## NOCHE OCTAVA.

[www.libtool.com.cn](http://www.libtool.com.cn)

**F**alto de ingenio y de destreza, no intento delinear el cuadro sublime, reservado al buril de la historia, de un rey cautivo que defiende su vida contra un senado que le acusa. La historia, repito, juzgará si Luis fue culpable: yo sólo quiero retratarle como un particular desventurado.

Desde el día en que se trató de libertar al rey hasta la víspera del de su muerte, estuvo interrumpida toda comunicación entre él y yo, pues sus centinelas redoblaron las precauciones, y Clery no volvió á



salir de la torre. Cuanto se introducía en ella era escrupulosamente registrado, y aun la máquina telegráfica vino á ser inútil, á causa de las celosías que se pusieron en las ventanas de la habitacion de S. M., de suerte que no volví á adquirir mas informes, sino por medio del señor Maleshérbes. Este respetable anciano, que habia sido dos veces ministro de Luis en el tiempo de su prosperidad, tomó á su cargo, como un distinguido honor, la defensa del monarca perseguido. Todos los dias, al volver del Temple, hacia exactas apuntaciones de cuanto observaba, permitiéndome despues sacar un extracto de ellas, el que suplirá mi narracion, por lo que respeta á Luis XVI.

He procurado omitir lo que se encuentra en otros escritos; y así

sólo hallaréis en éste, á mas de los sentimientos y reflexiones propias de un corazon sensible y acostumbrado á meditar, ciertas particularidades esenciales, que han pasado en silencio, ó acaso las ignoráron Clery y los demas escritores que han hablado de los últimos dias de Luis. Estos pormenores harán mayor impresion en vuestro corazon, si considerais que vais á leerlos sobre las mismas cenizas del monarca á quien se refieren, y del sugeto que los escribió.

## APUNTAMIENTOS

ACERCA DE LOS ÚLTIMOS DIAS  
DE LA VIDA DE LUIS XVI.

[www.libtool.com.cn](http://www.libtool.com.cn)

*(Extracto de las memorias de Males-  
herbes.)*

Despues del funesto resultado de las conferencias de la calle del Árbol seco, y decretada mi libertad por el tribunal de 17 de agosto, me retiré á mi casa de campo, persuadido de que mi permanencia en Paris podría serme perjudicial, y de ningun modo útil á mi soberano.

Pero cuando supe que la conven-  
cion habia decretado que Luis xvi  
fuese juzgado por ella, determiné  
consagrar á su defensa los dias que  
me restaban de una vida congojosa.

Considerábame dichoso, si á precio de ella pudiese evitar un crimen á mi patria, libertando del suplicio á mas honrado de los hombres y á mas desventurado de los reyes. Me pareció que mi celo sería tanto mas favorable á S. M., porque nadie se atreveria á tacharme de realista, pues todos me tenían por partidario de la *secta filosófica*; denominacion inventada por la ignorancia, para deshonrar á los verdaderos filósofos que jamas han formado secta. Imaginé tambien que ninguno me haria la injusticia de creer que un hombre envejecido con honor en el ministerio, defenderia á un acusado, si le tuviese por culpable; y cualquiera debia suponer inocente al rey, viéndole que Maleshérbes le defendia.

Tal en efecto fue la opinion que

todos los buenos formáron de mí, al  
 leer mi carta de 11 de diciembre: la  
 asamblea la aprobó, el rey me dió  
 gracias por ella, y el público mani-  
 festó que la aplaudía. Voy á referir  
 en prueba de esto un hecho, tan  
 honroso á sus autores, como agrada-  
 ble á mi persona. Cuando me presen-  
 té por la vez primera á la *comision*  
*de los veinte y uno*, encargado de  
 informar sobre la causa del rey, se  
 difundió la voz de mi llegada por  
 los corrillos de las Tullerías y de la  
 calle de San Honorato, por donde  
 habia pasado mi coche. Así que bajé  
 de él, me rodeó una muchedumbre  
 de buenos ciudadanos y de mugeres  
 sensibles, y me suplicáron con enca-  
 recidas instancias que hiciera quan-  
 to estuviese de mi parte por salvar al  
 rey. Una de estas honradas señoras

me presentó un hijo suyo de unos dos ó tres años, y me pidió de su parte permiso para abrazarme; á lo que accedí con mucho gusto. No pude dejar de entermecerme, y el público se conmovió también al ver como sus delicadas é inocentes manos acariciaban mi arrugado rostro y la notable contraposición que hacia su rubia cabellera con las blancas canas de un anciano.

Antes de escribir esta carta fui á verme con Vergniaud, en quien confiaba mas que en todos los demas diputados, á causa de su sencillez, gran talento é irreprehensibles costumbres. Le descubrí mi proyecto, que aprobó desde luego; pero la facción de la anarquía le hacia ya recelar y desconfiar de todo, aunque sin atterrarle. Los facciosos, me dijo,

que citando los escritos filosóficos, los truncan y desfiguran, sólo han retenido esta máxima terrible de Rainal: *Las naciones envejecidas no pueden regenerarse más que con arroyos de sangre.*

El 10 de diciembre por la noche, víspera del primer comparecimiento del rey ante la asamblea, puso un criado en la antecámara de S. M. varios candeleros, y en el hueco de uno hice introducir la carta siguiente, escrita en vitela con tinta indeleble, preparada de modo que la cera derretida no pudiese alterarla: Clergy fue quien se la entregó al rey.

**CARTA ANÓNIMA**  
**DIRIGIDA Á LUIS XVI.**

*(Documentos justificativos, núm. 14.)*

» SEÑOR:

Permitid que un antiguo criado de V. M. os acredite su estimacion, indicando la conducta que debe observar V. M. desde el principio en la causa que tratan de formaros.

La mayor parte de la nacion, y aun de la asamblea, conviene en la incompetencia de ésta para juzgar á V. M. Varios representantes son á un tiempo acusadores, testigos y jueces; otros son criados inmediatos de V. M.; algunos se han declarado enemigos, y uno de ellos es parien-



te de V. M. Paso en silencio el establecimiento y formacion de dicho cuerpo, que no tiene semejanza con tribunal alguno.

Estos son otros tantos motivos para impedir que se entable la causa. Así que, á la primera pregunta que se haga á V. M., responded que no teneis por competente y legal á la asamblea; pero que estais pronto á responder al tribunal que nombre la nacion, con tal que se limite á egercer el poder judicial, que consiste en la aplicacion de la ley á los casos particulares, y no trate este asunto como un objeto de legislacion.

Este es, señor, el escudo mas firme y el único que podeis oponer á los tiros de la malevolencia, del error, de la preocupacion y de la ignorancia. Entorpecida la convencion con

este obstáculo insuperable, se verá en la necesidad, ó de nombrar un tribunal supremo si accede á vuestra demanda, ó de no molestaros si la desprecia. Pero si á pesar de esta reclamacion ó protesta continuase en la formacion del proceso, incurrirá en la execracion del género humano, por cuanto esta conducta es contraria á todos los principios de justicia.”

*DIA 12 DE DICIEMBRE.*

Ayer fue conducido Luis XVI del Temple á la convencion nacional.

Durará largo tiempo en la memoria de la generacion presente el dia, en que precedido de veinte cañones y escoltado por cien mil hombres, salió Luis de su encierro, para

~~comparecer en el salon~~ convencional;  
y aunque esto acaeció al medio dia  
poco mas ó ménos, parecia media  
noche, segun el silencio que reinaba.  
Todavía está presente en mi imagi-  
nacion aquella inmensa fila de hom-  
bres armados, su acompasada andar,  
y el rechinante sonido de las pesadas  
cureñas. Cien mil soldados caminan,  
y sólo se observa un movimiento: en  
medio de estas falanges silenciosas  
rueda con lentitud un coche de co-  
lor oscuro, en cuya delantera va sen-  
tado Chaumette, procurador de la  
municipalidad, sonriéndose malicio-  
samente, y á su lado Hebert. En  
frente de estos dos sugetos se deja  
ver el rey de Francia, su prisionero.  
¿Dónde están ahora los gritos de  
alegría, las demostraciones de rego-  
cijo, que en otro tiempo cercaban

el carro triunfal del monarca, cuando ostentaba su magestad y soberanía ante los pueblos deslumbrados y enloquecidos? El desden injurioso, las señales mortificantes del aborrecimiento y un pasmo silencioso y triste, ocupan ahora el lugar del amor y del contento. Si la gratitud ó la compasion hacen correr algunas lágrimas, forzoso es enjugarlas en algun parage solitario y libre de miradas suspicaces. Ya no se muestra el pueblo como amigo, sino como un juez grave y severo, y los mas están aguardando en la mayor inquietud que los sucesores del rey acusado, permitan á los ciudadanos decir su opinion francamente.

Gobiernos de la tierra, ¡qué leccion se os acaba de dar! Y tú, Luis XVI, hombre escelente, pero débil monar-

ca, ¡cuánto padeces, por no haber sido constantemente severo ó virtuoso!

Disfrazado con un sobretodo blanquecido, y con un gran sombrero que me permitió tener puesto el portero de la convencion, á causa de mis achaques, ví comparecer á Luis con la serenidad de un hombre que tiene tranquila la conciencia, sin mostrar ni la altanería propia de su clase, ni la timidez que pudiera inspirarle aquella situación.

Barrere, en calidad de presidente, comenzó el interrogatorio con voz turbada, y entre tanto reinaba en las tribunas y en la asamblea toda un profundo silencio. Orleans, retirado en un rincón de la *montaña*, y escondido tras de Danton, acechaba de continuo al acusado, que res-

pondió á todas las preguntas con grande serenidad de ánimo.

Por lo demas, sea que el monarca recelase algun engaño en mi carta, ó que le faltase facilidad para explicarse, ó mas bien que su natural franco y sencillo sobrepujase el temor de los riesgos que le amenazaban, lo cierto es que en lugar de recusar á la asamblea como incompetente, confesó su legalidad, no sólo respondiendo á las preguntas que le fuéron hechas, sino tambien reconociendo todos los documentos presentados por el secretario Valazé: ¡Ó Luis XVI! ya te has hecho cómplice de tus asesinos; tú mismo acabas de asentar el primer escalon de tu cadalso.

Este dia no se señaló con algun acontecimiento memorable; sólo ob-

servé, que en medio de su actitud severa mostró el pueblo mucha imparcialidad en las opiniones, diverso en esto de los oradores exaltados, que derraman tanta hiel en la tribuna pública. ¡Insensatos! que se imaginan grandes, porque huellan la grandeza aniquilada; á semejanza de los espadachines cobardes, que se precian de valientes acribillando á estocadas un cuerpo inanimado.

Freedman, mi fiel criado, presencié una breve escena, que puede servir de muestra para conocer la opinion general. Al entrar en la plaza Vendôme el coche del desgraciado monarca, gritó un foragido: *à la guillotina*. Este grito feroz en medio de tanto silencio causó un descontento universal, y un hombre, al parecer artesano, respondió á aquel

bárbaro: cobarde, espera á lo ménos que la ley decreta si merece la muerte: respeta entre tanto al desgraciado.

www.libtool.com.cn

DIA 14.

*(Una hora antes de acudir al Templo.)*

Me he puesto muchas veces á meditar filosóficamente sobre la vanidad de las grandezas humanas, é imbuido en los sublimes escritos de Young, he venido siempre á concluir que en este monton de cieno, que se llama la tierra, los reyes son unas débiles pajas de la gavilla que forma la humanidad, las cuales resplandecen algo mas que las otras, porque el sol les da un brillo superior. He estudiado los historiadores;



he leído de tres meses á esta parte á cuántos han escrito acerca de las revoluciones de los imperios; he recorrido la larga serie de los déspotas, ambiciosos, revolucionarios y reyes que han asolado el mundo, empezando desde las leyes sangui-narias de Dracon, los crueles castigos inventados por Faláris, y el gobierno anárquico de los treinta tiranos de Aténas, hasta llegar al reinado de Luis xi, de devota y sangrienta memoria, me he acostumbrado á considerar las mudanzas políticas de este mundo, devorado sucesivamente por los hipócritas ó por los malvados; en unas partes he visto á las naciones abandonadas á cuantos escesos dictan las pasiones, y esclavizadas por sus mismos desórdenes; en otras á los usurpadores

inhumanos que disponian de los hombres, como si fuesen un despreciable rebaño de ovejas, y les hacian cortar la cabeza por crueldad ó por autojo: han llegado en suma á serme tan conocidas todas las variaciones del desgraciado linage humano, como lo son los incendios memorables, las erupciones de los volcanes, los mas nombrados terremotos y los naufragios mas célebres. Mi corazon deberia haberse endurecido, y mis ojos haber permanecido insensibles á la vista de tan grandes y extraordinarias calamidades; pero á pesar de esto no puedo contener las lágrimas, y me conmuevo interiormente, cuando me pongo á contemplar el original de estos lúgubres cuadros, de que hasta ahora sólo habia visto la copia. ¡Con que está preso en

una torre el que he conocido reinar en un palacio, y una cuadrilla de carceleros ocupa el lugar de su brillante guardia! Con una sola palabra podia poco ha armar á un millon de soldados, cubrir el mar con sus escuadras, hacer entrar en sus arcas un río de oro, y repartir por todas partes la vida y la muerte; ¡y ahora ya no puede hacer nada, y tiene ménos libertad que un infeliz jornalero! Algunos de los que le dominan, pertenecian á la clase mas ínfima de sus vasallos, ¡y al presente son los que mandan! La fortuna con sola una vuelta de su inconstante rueda ha abismado al monarca hasta el polvo, y ha puesto al pordiosero en el trono: unos miserables andrajos cubren las carnes del que se vestia de púrpura,

miéntras que el manto real se avergüenza de verse confundido con los restos de la indigencia. ¿Es esto sueño?... Y en tanto que la tiranía, embriagada de su triunfo, duerme en un lecho empapado en sangre, el pueblo está despierto para padecer. Le han prometido la libertad, y ahora mas que nunca gime bajo de la mas dura esclavitud: le dicen, vamos á darte pan, y le presentan un monton de cadáveres. ¿Cómo no hemos de detestar á los que son causa de semejante trastorno? ¿No debia parecerse la revolucion á una tempestad, que acarrea al mismo tiempo el rayo mortal y el benéfico rocío? Mas tiemblen, cuando truena, las montañas elevadas, los grandiosos edificios y los soberbios robles. ¡Pueblo, que reunes la razon y la

locura, el acierto y los extravíos, las virtudes heroicas y los mas inauditos atentados! dichoso el que cogirá los frutos que promete la revolucion de tu pais: dichoso mil veces el que disfrute de sus beneficios, sin haber presenciado ni tenido parte en sus criminales principios. Pero quiero desechar estas tristes ideas, para corresponder con el sacrificio de mi propia persona á la confianza que debo á Luis.

Vengo de verle. Atravesando nueve puertas de hierro, tres verjas, un cuerpo de guardia lleno de fumadores y beodos, un gran número de carceleros, una multitud de sujetos melancólicos, cubiertos de bandes, y una continuada hilera de centinelas, llegué á la prision de Luis, quien al verme se me acercó

con alegre semblante. El aspecto de un monarca encarcelado me hizo una impresion tan profunda, que sin poderme contener me arrojé á sus pies. Hubiérame parecido esto una humillacion vergonzosa en el tiempo que dictaba leyes desde el trono; pero á la sazón lo tuve por un homenaje debido á la desgracia y á la virtud.

Á pesar de mi avanzada edad, soy aun susceptible de vivas y profundas conmociones, y la que entonces sentia me causó un temblor tan manifesto, que hubo de alentar-me el monarca. En efecto, me estrechó la mano con gran ternura y me abrazó; pero esto no hizo mas que aumentar mi consternación, en términos que no podia mirar al monarca sin derramar copiosas lágrimas.

Clery cerró la puerta dejándonos solos, para que pudiésemos conferenciar con desahogo; pero un oficial de la municipalidad le reprendió severamente por ello. Al oír el rey las voces, se levantó y me condujo á una torrecilla estrecha, en donde entablamos la conversacion mas interesante.

Antes de ponerla por escrito, debo observar que el rey emplea los ratos ociosos en la lectura y el estudio, y que su gabinete encierra un gran número de volúmenes, de que ha leído ya mas de doscientos desde que entró en el Temple.

Habladme francamente, me dijo: ¿qué juicio formais de mi causa?— Señor, el modo de entablarla es contrario á la razon y á la justicia.— No es eso lo que pregunto: sino

¿qué harán conmigo? — Señor, la mayor parte de la asamblea y de la nacion opina, que triunfaréis de la desgracia y de vuestros enemigos. — ¡Mis enemigos! ¿cómo es posible que los tenga, si yo no lo soy de persona alguna? — Las desgracias, señor, se imputan siempre á los gobiernos. — En tal caso yo soy delincuente. — Entónces callé, y Luis no tardó en preguntar de nuevo: ¿opináis que debo defenderme? — Hace poco que me tomé la libertad de aconsejar á V. M., que léjos de responder á un interrogatorio ilegal, recusase á la convencion como juez incompetente; pero reconocida ya en calidad de tal, creo que V. M. debe preparar su defensa. — Y ¿á quién se la confiarémos? — Ninguno mas hábil para el caso que Tronchet. —



Decís bien; pero será preciso hablar en el tribunal: para esto se necesita buena voz y energía, y Tronchet es demasiado viejo. — Pudiera pedir V. M. á Deseze, que es un abogado de mucho mérito y fama. — Pensarémos en ello. — En esto abrieron la puerta del cuarto, y entró una diputacion de la convencion nacional, compuesta de Cambacerés, Thuriot, Salicetti y Dupont de Bignon. El primero tomó la palabra, y habló con mucho decoro y sensatez: reducíase su mision á manifestar á Luis, que Target se habia negado á defenderle, y que otros varios ciudadanos lo solicitaban. El rey les dió gracias y no admitió á ninguno de los que le proponian, y dirigiéndose en seguida á los comisarios, les dijo: señores, hace dos dias que

no veo á mi familia, y creo que no puede ser la intencion de la asamblea el privarme de ella; y así os ruego que le hagais presente mi deseo, al que no dudo accederá. Estad persuadido, respondió Cambacerés, que la asamblea sabrá conciliar siempre los derechos de la humanidad con los deberes de la justicia. — Desearia tambien, añadió Luis, que me franqueasen recado de escribir. Es extraño, replicó Cambacerés volviéndose á sus compañeros y á dos comisarios municipales, que se practiquen semejantes vejaciones con quien no está declarado reo: no es esta la voluntad de la convencion, ni hace mucho honor á la municipalidad semejante conducta. — Uno de los municipales respondió ciertas palabras vagas y altisonantes, que no satis-

ficiéron al diputado, quien añadió: de aquí á una hora habrá ya resuelto la convencion lo que juzgue mas conveniente, acerca de esta despreciable contienda [www.libroslibros.com.cy](http://www.libroslibros.com.cy) entre un preso y sus centinelas. El municipal bajó la vista sonrojado, y volviéndose á su camarada, dijo en voz baja, aunque perceptible: es un tirano este Cambarés. Mucho peor todavía, respondió el otro, que es un *moderado*. Luis al oirlo, no pudo ménos de sonreirse. Habiendo salido del cuarto la diputacion convencional, quise entablar de nuevo nuestra anterior conversacion; pero en vano, porque el deseo de ver y de abrazar á su familia, habia embargado enteramente la imaginacion del rey, distrayéndole de los negocios. Así es que sólo habló del carácter magnánimo

de la reina, de las virtudes de madama Isabel, de las gracias de la jóven María Teresa, del talento y gracejo del niño Cárlos. Despues hablamos del abate Fermont y de su alumno, á quien el rey elogió, y en seguida me preguntó por Toulan, cuyo arresto sabia ya, añadiendo: la víspera misma de su desgracia le prohibí emprender cosa alguna en mi favor, porque me recelaba un mal resultado, y porque no se deben arriesgar tan grandes golpes, sin tener cien mil hombres por una parte, y cien millones por otra.

### **DIA 15.**

Empleé la mitad de la noche en examinar un legajo de documentos relativos al proceso del rey, y en

leer varios dictámenes por escrito, publicados por ciertos representantes, que en mi entender han abusado en gran manera de la elocuencia y de la lógica. Efectivamente, esta última, que debe encaminarse á rectificar las ideas y coordinarlas metódicamente, ha venido á ser por medio de estos espíritus falaces y tumultuarios, el conducto del sofisma ó el instrumento de la ambicion; y el colorido seductor de la elocuencia sólo ha servido, para disfrazar los pensamientos mas feroces y los razonamientos mas antipolíticos. Estos facciosos respiran en todos sus escritos la pasion furiosa que los anima: encarnizados y violentos acometen á un monarca vencido, ante quien se postraban humildemente en otro tiempo. ¡Y estos mismos se con-

sideran dignos jueces! ¡éstos se llaman amigos de la libertad! ¡Abuso culpable! ¡error lastimoso! La justicia es una deidad severa, y al mismo tiempo compasiva, que busca la inocencia con el mayor celo, y encuentra al delincuente con pesar. La libertad no es una furia, que agita las antorchas ardientes ó empuña el acero; sino la hija de la naturaleza, dimanada de la divinidad que sólo concibe nobles pensamientos, ejecuta sublimes acciones, y por medio de la virtud encamina á los hombres á la felicidad.

Con estas ideas me quedé trastornado, cuando Freedman entró á despertarme para poner en mis manos una esquila, en que un sugeto pedia abocarse conmigo inmediatamente, para conferenciar sobre el

asunto que me ocupaba. Mandéle entrar, y se me presentó una persona desconocida.

Luego que nos dejáron solos, supe que era Dumouriez, no sin alguna sorpresa, pues le contemplaba en el campo de batalla, cuando él se hallaba de incógnito en Paris trayendo una conspiracion. No sé cómo es, que nunca he podido estimar á este hombre, á pesar de su amabilidad y del donaire con que se esplica: le suponen ademas tan hábil diplomático como militar valiente, y hasta ahora nunca me ha dado motivo de queja. Mi antipatía no dejará con todo de tener algun fundamento; y este es, si no me engaño, el haber descubierto que Dumouriez reúne á un talento despejado mucha falsedad de corazon. Por la conversacion si-

guiente se echará de ver, que no me he equivocado en mi juicio.

DUMOURIEZ. Mucho apreciaria la casualidad que me proporciona ofrecer mis respetos á la persona que mas estimo en Francia, si el motivo que me trae no disminuyese el precio de este favor.

MALESHÉRBES. ¿Puedo saber, caballero, con quién tengo la honra de hablar?

DUM. Soy uno de aquellos hombres desgraciados, que no tienen voluntad propia. (*En esto bajó la vista, como sonrojado por lo muy extendido de su reputacion.*) Se adelanta muy poco, añadió, en trocar el bien sólido de una vida oscura con los ruidosos inconvenientes de la celebridad. Soy Dumouriez. (*Pronunció el nombre con una negligencia afectada,*



*que fingi no haber observado: mi indiferencia sorprendió, y aun ocasionó un ligero disgusto al general.)*

**MAL.** Servíos pues decirme el motivo de la visita, con que me habeis honrado, ciudadano general.

**DUM.** ¡Ciudadano! .... Crefa yo que el señor de Maleshérbes pronunciaba muy rara vez semejante palabra, y á la verdad es cosa dura ser partícipe en este título con.... (*vacilando*) el ciudadano Marat.

**MAL.** Rousseau le tomó tambien.... Finalmente, evitemos rodeos, ¿en qué puedo servirlos, señor general?

**DUM.** Antes de todo debo alabar el celo heroico que os anima á defender al rey, cuando están conjurados contra él la cobardía y la traicion. En verdad estoy complacido de ver al rey mas desventura-

do, cliente del hombre mas virtuoso.

MAL. Si no fuese un militar quien me habla, creeria que intentaba engañarme, puesto que me adula.

DUM. La opinion pública, que jamas adula, está de acuerdo conmigo en este punto (*Un intervalo de silencio*). Cuando tomasteis á vuestro cargo la penosa ocupacion de defender al rey, fue sin duda con intencion de libertarle de los inminentes peligros que le amenazan.

MAL. Mi intencion ha sido manifestar la verdad á la convencion que le juzga, y á la Francia que juzga á la convencion. De esta demostracion tan fácil dimana necesariamente la inocencia y el triunfo del rey.

DUM. Ese raciocinio es conforme

á vuestras esperanzas: permitidme reflexionar según mis temores. De la verdad demostrada resulta forzosamente la inocencia de Luis, y por consiguiente su condenacion.

MAL. Si no confesais que los individuos de la convencion son sumamente perversos, ¿qué otro dictado podré daros?

DUM. ¡Ojalá pudiese yo merecer el mas injurioso! pues aun á costa de mi honor salvaria la vida del que fue mi rey.

MAL. Tambien lo fue mio, y no ha dejado de ser mi amigo.

DUM. Con eso haceis su panegirico y el vuestro. Yo tambien me considero digno de haber sido su amigo, y vengo á acreditarlo.

MAL. ¿Vos?

DUM. Aunque esa admiracion es

una injusticia, sólo responderé á ella, probando que no la merezco. Hablemos francamente: el rey será condenado. [www.libtool.com.cn](http://www.libtool.com.cn)

**MAL.** Me estremeceis. Pues ¿por qué razón?....

**DUM.** Repito que será condenado, si continúa la causa, y es preciso cortarla á toda costa.

**MAL.** Y ¿qué medios podrán oponerse á un poder, tanto mas despótico, cuanto mas moderno é incierto, y que puede llegar á ser terrible por timidez?

**DUM.** Precisamente esa misma timidez llevará al cadalso al monarca. Los que han de votar están amenazados con el puñal, y ¡hay tan pocos que prefieran ser víctimas á ser verdugos!

**MAL.** Y ¿qué podrá hacerse?

DUM. En vuestras manos está la suerte de Luis.

MAL. No os entiendo. (*Mi alteracion involuntaria alentó á Dumouriez.*)

DUM. Todo se reduce á la siguiente cuestion: ¿Teme el rey la muerte?

MAL. El rey sólo teme obrar mal.

DUM. En eso estamos conformes; pero aun no habeis respondido á mi pregunta.

MAL. Señor general, el rey es hombre.

DUM. Es decir, sensible. Ama á la reina y á sus hijos; le corresponden; y por consiguiente debe tener apego á la vida.

MAL. Me habeis entendido mal. Si el rey fuese uno de los filósofos

del día, pudiera terminar sus calamidades dándose la muerte, pero es cristiano, esto es, tiene resignacion, y sabria recibir la muerte sin temerla. [www.libtool.com.cn](http://www.libtool.com.cn)

DUM. ¿En un cadalso?

MAL. El cadalso se convierte en altar, cuando sube á él un inocente.

DUM. Su sangre aumentará los resentimientos y venganzas, y será el origen de infinitos males.

MAL. Por evitarlos se ha humillado el rey á defenderse, pues antes pediria verdugos que jueces, si no pendiese de su suerte la de tantos franceses, y acaso la de toda la generacion presente.

DUM. Entre sus acusadores no conozco verdugos; pero sí jueces.

MAL. Como quiera que sea, ya os he dicho que está resignado.

DUM. Permitidme os diga, que no puede disponer de su vida, sino que debe defenderla y conservarla.

MAL. Ya os he insinuado, que procurará libertarse del puñal, si es posible.

DUM. Pues yo vengo á ofrecer os el medio.

MAL. ¿Podeis confiármelo?

DUM. Escuchad. Es indudable que la debilidad del rey, á mas de ocasionar su prision y el peligro de una causa criminal, le ha acarreado un envilecimiento incompatible con el trono, aun suponiendo que le quisiese sostener algun partido. Tambien es cierto que la anarquía hace diariamente tales progresos, que en ménos de medio año habrá acabado con la patria, si una mano tan diestra como firme no le opone la

prudencia de la ley y la firmeza en la egecucion. Para conseguir este objeto, en que consiste la salvacion de la patria, basta una palabra de Luis. Pronunciada ésta, la anarquía cesará, la convencion nacional depondrá su espíritu sanguinario, y se hará digna de representar el primer pueblo de la tierra: la nacion, feliz con una libertad nacional, gozará de sus derechos, sin olvidar sus deberes: los reyes confederados pedirán la paz: se establecerá un gobierno vigoroso, se arraigará en este suelo ensangrentado con las disensiones, y el primer acto de su poder será la libertad del rey y de su amable familia.

MAL. He aquí una perspectiva muy halagüeña. Veamos ahora, cual es esa palabra que se exige al monarca.



**DUM.** Sólo se pretende legalmente, lo que está ya conseguido con la fuerza: que abdique.

**MAL.** ¡Que abdique! (*Un ligero intervalo de meditacion.*) Luis XVI, aun en el dia que está amenazado de la segur, no faltará á los deberes de su conciencia y de la justicia, comprando una vida ignominiosa á costa de la probidad y del honor.

**DUM.** (*Despues de un largo silencio.*) ¿Por ventura tendréis la sinrazon de creer que hablo en favor del duque de Orleans?

**MAL.** Francamente; así lo he creído.

**DUM.** Tal vez no seria tan grande vuestra repugnancia, si oyeseis nombrar al que....

**MAL.** No lo podré oir sin rubor; y sea quien quiera, ¿podrá ménos

de intentar, que Luis xvi falte á sus deberes? Señor general, el rey sabrá morir; pero no deshonorarse.

DUM. Reflexionad que le preparan el cadalso.

MAL. (*Con vehemencia y enojo.*) Puesto que poneis la cabeza del rey en pública subasta, fijad el precio, de modo que sólo perjudique á los intereses, sin ofender la conciencia y el pundonor.

DUM. (*Sonrojado, continúa con afectada dignidad.*) Disculpo, y con respeto vuestro celo, y sólo siento que ha de ser poco útil al rey.

MAL. El rey es el juez único de esta contienda, y cree que le soy útil siguiendo sus intenciones y los principios de mi conciencia.

En esto me dejó Dumouriez, y á pesar de su urbanidad cortesana,

conocí que iba enfadado. Despues ha procurado varias veces picar mi curiosidad acerca del suceso por quien se interesaba; y aunque interiormente deseaba yo saber su nombre, no lo he manifestado. Voy ahora al Temple, receloso de haber perjudicado al rey con un colp indiscreto.

*DIA 16,*

Con arreglo á la promesa de Cambacerés, ha logrado el rey plumas, papel y tintero, con lo que está sumamente contento; y segun me ha dicho, se ocupará en apuntar varias notas relativas á su causa, que conserva en la memoria. Me ha dado á leer un plan de su testamento, que habia confiado al abate de Fermont, y que le he devuelto de parte de este digno eclesiástico.

También se le permitió al rey hablar con sus hijos, bajo la condición de que éstos no volviessen á ver á su madre ni á su tía, hasta la conclusion del proceso. En esta cruel alternativa, ó de no verlos, ó de privar á la reina de su presencia, Luis ha preferido padecer solo, diciéndome: este sacrificio me prepara para otro. — Así lo temo yo también; aunque generalmente horroriza la idea de ver morir en un cadalso á un inocente. Se habla de una mediacion de las potencias extranjeras y de la deportacion á España. Entre tanto el rey se ocupa ménos en estos asuntos, de que pende su suerte, que en idear medios para corresponderse con su familia. Clery le ha proporcionado ya algunos; y en verdad es digno de lástima

un monarca, empleado en estas intrigas domésticas, para conseguir la libertad de recibir ó escribir una carta. ¡Qué ruin es este rigor de la municipalidad! tratando de envilecer al rey, se envilece á sí misma; y al paso que todos le compadecen, detestan á aquella.

Cuando me ocupaba en registrar un legajo de papeles, vino á interrumpirme el rey, y sollozando me enseñó un naípe, en que madama Isabel habia señalado algunas palabras con un alfiler. Despues de besar la carta y estrecharla en su pecho, dijo el desventurado monarca suspirando: ¡infeliz hermana!.... ¡qué ternura! El mayor sentimiento que tengo es verla padecer.

Clery ha ideado el medio de entablar entre los presos una corres-

pondencia frecuente y segura. Desde la ventana de madama Isabel, perpendicular á la del rey, se descuelgan fácilmente hasta el cuarto del criado las cartas atadas con un bramante: con este mismo ardid le ha enviado un tinterillo y algunos pliegos de papel. Luis se interesa mucho mas en esto que en el proceso, cuyo éxito confía á mi cuidado.

Freedman acaba de entregarme el mensaje siguiente, que han traído á casa estando yo fuera.

**DELIBERACION**  
**DEL CUERPO DIPLOMÁTICO,**  
**RESIDENTE EN PARIS**  
**EL MES DE DICIEMBRE DE 1792.**

*(Documentos justificativos, núm. 15.)*

» Considerando los embajadores extranjeros residentes en Paris, que interesa al decoro de las potencias que representan, igualmente que á su propia reputacion, no mostrarse indiferentes en la causa entablada contra Luis XVI, ántes rey de los franceses; han resuelto acceder á la solicitud del ciudadano Dumouriez, general de los egércitos franceses, reducida á que se convoque un congreso especial, compuesto de los susodichos, á fin de tratar de los me-

dios mas oportunos para terminar el negocio de que se trata, de un modo honroso-á la nacion, ventajoso á Luis XVI y satisfactorio para los mismos embajadores.

En consecuencia se ha convocado dicho congreso, y se juntará en una sala de la posada del señor embajador de España, encargado de enviar á las personas que hayan de asistir á dicho congreso un extracto de la presente deliberacion.

Paris 15 de diciembre de 1792.

Firmado: El caballero OCÁRIZ,  
encargado de los negocios de  
España."

Acompañaba á este mensaje una carta de convite, cuyo sobrescrito era: *Al ciudadano Lamoignon-Males-*



*hérbes, defensor oficioso de Luis XVI.*

Se señaló el día 19 para la reunion del congreso.

www.libtool.com.cn  
DIA 17.

El espíritu de partido se manifiesta mas y mas en la asamblea. Los amigos del duque de Orleans, que intentan sacrificar al rey, son contradichos y rechazados por los republicanos, que piden el destierro de los Borbones. Los partidarios de una y otra faccion disfrazan su ambicion y venganza, bajo el pretesto del bien general. Nunca ha estado la patria mas abandonada ni mas ofendida, y jamas se ha pronunciado tanto su nombre como ahora. Los que se titulan libertadores de ella son parecidos á los sacerdotes de Teutates,

que pedían á gritos la sangre de las víctimas humanas para inmolarlas á su infernal deidad.

Luis lee con serenidad todas las sátiras que se publican contra él, y sobre todo le interesan el *Monitor* y el *Diario de la tarde*, que envía por la noche á las princesas, valiéndose del ardid de Clery, y á las mismas escribe dos veces al día, cuyas respuestas tiene gran cuidado de quemar.

El exámen de las piezas del proceso continúa con tanta exactitud como celeridad. El gran talento y luces de Tronchet, y el celo de Deseze, suplen mi incapacidad y la lentitud propia de mis años.

## DIA 18.

Aunque era mi dictámen no participar al rey [www.librool.com.cn](http://www.librool.com.cn) la conferencia que tuve con Dumouriez, ni la deliberacion de los embajadores, el señor de Fermont, convidado tambien por éstos, ha opinado que el rey debia saberlo todo para que nos comunicase sus intenciones sobre el particular. En consecuencia habiéndoselo hecho todo presente á Luis, me ha respondido en estos términos: »No me habéis de Dumouriez; es un malvado, un traidor, de cuyos artificios desconfiaría tanto si fuese republicano, como desconfié siendo rey, y como desconfío hoy dia viéndome proscrito, No lo dudeis; ese sacrificará al duque de Chártres con

la misma facilidad que ha abandonado al duque de Orleans y á mí. Le veréis adular á todos los partidos y abrazarlos para aniquilarlos despues, hasta que él mismo perezca víctima de su falsedad. Por lo que hace al congreso de los embajadores, debeis asistir á él, aunque las deliberaciones diplomáticas no me sacarán de este sitio. Ahora conozco una verdad que me repetia varias veces mi padre; á saber, que los reyes no tienen parientes ni amigos.”

Últimamente he recibido del señor de Bertrand, ex-ministro de marina, y ahora emigrado en Lóndres, varios documentos interesantes en favor de Luis XVI. La defensa de este monarca, hecha con la mayor solidez por Malouet, el discurso de Lally-Tolendal, escrito con la elo-

cuencia vigorosa que caracteriza á este célebre orador, y la proclama dirigida á los franceses por el caballero de Gráves, me han convencido plenamente de la inocencia del rey. Si á esto se añade el folleto de Nécker, el elocuente discurso de Vergniaud y las sensatas observaciones de Rabaut de Saint-Etienne, quedan completamente refutadas las relaciones de Mailhe y de Valazé, é ilustrado hasta la evidencia este negocio, tan importante y desgraciado.

### *DIA 19.*

Asistiendo al congreso de los embajadores con el abate de Fermont, supe que se habia señalado el dia para la discusion sobre el destierro de la familia real. Este triunfo de la

*montaña*, que sólo ha tratado de favorecer á Orleans, me hace temblar. ¡Eterna Providencia! protege al infeliz monarca.

Acabo de salir del congreso, espantado de lo que en él he visto y he oído. No hay remedio; mi desgraciado soberano está perdido: los proyectos de Dumouriez tienen partidarios, y los crímenes de Orleans defensores. Á escepcion del caballero Ocariz, que es imparcial, sensible y juicioso, todos los demas diplomáticos no tratan mas que de especular sobre los desórdenes de mi patria, para aumentar el poder y las riquezas de la suya. De aquí infiero que los ausilios prometidos á los príncipes emigrados son quiméricos; que las amenazas del emperador se encaminan mas á enriquecerse que

á salvar al rey; que las esperanzas del partido de Toulon, como me ha referido el señor de Fermont, eran vanas é ilusorias; y que el objeto de la confederacion al parecer existente, no es restablecer el órden en Francia y volver á Luis la corona, sino repartirse este suelo infeliz y ensangrentado.

---

## NOCHE NONA.

[www.libtool.com.cn](http://www.libtool.com.cn)

DIA 20.

**M**ientras la Europa suspensa fija sus ojos en el drama inaudito que se está representando en Francia, y mientras el Altísimo que no se desentiende de este espectáculo, permite su desenlace á las causas segundas, que son las pasiones humanas; Paris, en cuyo seno se está tramando, lo mira con poca atencion. No hay impulso extraordinario que al parecer aumente el movimiento diario, uniforme y continuo de esta gran poblacion. Todo se reduce al flujo y reflujo periódico de pensamientos,



palabras y acciones que componen su existencia. El administrador delibera, el juez sentencia, el comerciante calcula, el fabricante almacena y el operario trabaja: la moda reproduce antiguallas ridículas, el placer realza sus delicias, y la ambición dilata sus deseos y esperanzas. El destino de un pueblo y la vida de un rey van á ponerse mañana en tela de juicio, y hoy acuden todos á la nueva ópera, y mil bocas van gorgiendo la última arieta. Esto es lo que únicamente echan de ver los que miran de paso y como jugueteando la superficie de las cosas; pero el observador que sabe considerar los objetos, advierte á cada instante su transformación progresiva. En lo íntimo del corazón se va fomentando insensiblemente un impulso de

terror y de esperanza, que trasciende luego á todas las ocurrencias de la vida. ¿Cuántos se habrán estremecido, porque su nombre resonó ó su firma se vió en tal ocasion, que podrá decidir de su suerte? La lid empeñada entre las naciones y los gobiernos, hace temblar al diplomático antiguo, y suspirar al joven inesperto. La voz mágica de *libertad*, que resuena desde el Rhin á los Pirineos, inflama todas las pasiones, conmueve las almas, y agita á todos los individuos del estado. Los rostros están todavía serenos, los labios aun entonan los cantares nuevos; pero la fermentacion empieza, y la opinion titubea dudosa. ¿Vendrá á dar esta crisis al traves con la barbarie y con la ignorancia, ó con las luces y la felicidad? Todas las pasiones se em-

penarán en resolver este problema: ¿Con cuántas lágrimas y sangre se ha de pagar la imaginada regeneración del mundo, que la Francia se ha propuesto? Esto es lo que está calculando quien opina sin escrúpulo, que los sacrificios de los individuos no son sino operaciones aritméticas; pero ¿qué diluvio de calamidades y delitos va á inundar á la Francia, para desarraigar los que ella llama errores antiguos? Esto hace gemir al sábio sensible, que ve un hermano en cada hombre, y que aprecia mucho mas que las teorías pedantescas, la sangre que cuestan, las lágrimas que hacen derramar, y el sosiego que quitan.

Esto meditaba al encaminarme hoy al Temple.... al Temple, donde está el último eslabon de la cadena,

que reprime todavía el desenfreno revolucionario. La serenidad del día y el frío me han convidado á ir á pie, y desde el puente magnífico, obra del célebre Perronnet, que lleva el nombre de Luis xvi, he estado contemplando una multitud bulliciosa de jóvenes, que armados de patines, corrian rápidamente, y daban mil vueltas en todas direcciones sobre el terso cristal del congelado Sena. Los mas cuerdos, que suelen ser tenidos por cobardes, caminaban siempre por un mismo ámbito; pero los mas atrevidos, á quienes llamo temerarios, se disparaban con la velocidad del neblí cuando rompe los aires, hasta llegar á los quebradizos confines, en que las aguas ya no están perfectamente heladas. La turba de los espectadores, que con-

funde por lo regular el arroyo con el heroísmo, estaba aplaudiendo al horroza aquellas diversiones peligrosas que me estremecían y llenaban de horror; cuando con el peso de estas indiscretos cruce de repente el yalo se cuarteo y abre. ¡O dolor! he visto un sinnúmero de mancebos, el amor y la esperanza de sus familias, hundirse y desaparecer en aquel remolino, que se ha vuelto a cerrar luego que los ha engullido; llorad, madres afligidas, tiernas hermanas, queridos hermanos, cariñosos amigos, que erais sus compañeros desde la niñez: llorad, derramad lágrimas lágimas por el trágico fin de los objetos de vuestra ternura. Mas llorad, sobre todo, su ambiciosa imprudencia, pues por querer sobresalir un momento en este frágil

teatro, embriagados en los aplausos... ya no existen... Revolution, ¿no estás tú también cubierta con un piso brillante, y al parecer muy sólido? Temblad, ambiciosos, á quienes el entusiasmo ha arrojado sobre el, temblad, no se abra y os sepale! El gozo brillaba en el semblante del rey, al entrar yo en su cuarto; y luego que he cerrado la puerta, he corrido á abrir la de la cámara que le sirve de gabinete; y de la cual ha salido Carlitos; á quien me ha presentado. Lejos de aburrirse aquel amable niño con mis arrugas y mis canas, se ha venido á mis brazos; y me ha hecho mil halagos y endosaciones. ¿Con que es usted, me ha dicho con tanta reflexion como sensibilidad, con que es usted el encargado de defender á papá contra los malvados

que le acusan? ¡Ay! dígalas usted que es un padre excelente, y que un padre tan bueno no ha podido ser un mal rey. — Estas palabras han hecho bañar en lágrimas los ojos del rey, y yo no he podido contener las mías, que he dejado correr por la mano del augusto y desgraciado niño. Vos ¿llorais, ha dicho Carlos arrojándose á la falda del rey; y usted tambien, ha añadido volviéndose hácia mí, usted tambien llora? ¡Ay mi Dios! ¿tendré motivo para temer, y serán tan crueles que me quiten mi buen papá? No, no.... yo haré tantas plegarias á Dios.... á ellos, si es necesario.... al mismo Tison, aunque sus miradas me dan miedo.... Amado papá, no dejarán sin tí al pobre Carlitos. — Nuestros lloros se han acrecentado,

los del niño se han confundido con ellos, y hemos tardado largo rato en volver en todo nuestro acuerdo.

Luis, que ha sido el primero, me ha dicho: el desconsuelo que esto me causa no deja de serme grato, y bendigo mis trabajos porque me demuestran el cariño de los que amo. No acertaríais con el arbitrio de que se han valido para entrar á Carlos. Es una invencion de Clery, que ha *conspirado* con mi hermana, para hacerme este regalo. Ayer se cumplieron catorce años que el cielo me hizo padre, y mi hija, que nació en un palacio y gime en una torre, ha querido enviarme un ramillete. Esta mañana he visto bajar á mi querido Carlos del cuarto de su tia al mio en una canasta; lo cual me ha causado tanta estrañeza



como satisfaccion. Pero á fin de no desperdiciar el corto rato que me queda para hablarle, voy á leerlos en su presencia; y entregarle algunos documentos, que juzgo lo serán de provecho en lo venidero. Mi hijo es muy tierno; dijo sacando de la faltriquera una cartera con un cuader-  
 nito de papel; pero la desgracia va anticipando la madurez de su talento, que es muy aventajado. Si hoy no le es dado comprender cuanto contiene este escrito, á lo ménos recordará todos los instantes de su vida que bajo las bóvedas de este triste aposento, su padre le dió estando preso estas últimas y verdaderas muestras de su cariño, en presencia del hombre mas respetable y del amigo mas sincero. Me acordaría de copiar un elogio que sólo

merece á medias, si no fuese todavía mas honroso para su autor que para el favorecido.

Este es el escrito que S. M. me permitió copiar.

## ÚLTIMOS CONSEJOS

A MI HIJO LUIS CARLOS.

*(Documentos justificativos, núm. 16.)*

«Por mi ejemplo estás viendo, amado hijo, cuán vanas y perecederas son las grandezas de este mundo. He nacido en el solio, he sido soberano, y despues de penar en un calabozo, estoy sin duda destinado á morir en un cadalso. Mi familia y cuantos tenían algunos vínculos que los enlazasen conmigo, han experimentado iguales desastres. Tú

mismo, hijo mío, que eras el hijo  
 querido y feliz del primer rey de la  
 Europa, estás aquí en los grillos del  
 cautiverio, condenados á las humi-  
 llaciones y los menosprecios. ¡Así  
 esta gran desventura te enseña á ten-  
 der en poco el poderío y la opulen-  
 cia, y á no apreciar sino la bondad  
 del corazón, la rectitud del juicio y  
 la moderación en la conducta, que  
 son las virtudes que forman la felici-  
 dad en la tierra, y abren luego las  
 puertas del cielo! Ignoro la suerte que te ha de  
 caber; pero si los decretos de la Pro-  
 vidence y los deseos de la nación  
 restablecen á favor del hijo el trono  
 derribado con el padre, no te resis-  
 tas á ocuparle. Esto es una desgracia  
 y una carga; mas debes atender ante  
 todo al bien general de la patria.

No, renunces la memoria de mis  
 infortunios, mas que para dispensar  
 el perdón que concedo á los que se  
 han hecho mis enemigos: seria opo-  
 nerse á mis intenciones y á mi vo-  
 luntad, emplear tu poder en egre-  
 citar la venganza. Sólo Dios conoce  
 los corazones, y quizá los autores  
 de mis males han creído servir por  
 este medio á su país; á mas de que  
 debes respetar en ellos los instru-  
 mentos de la Providencia, ha-  
 querido valerse para castigarme.

Al recomendarte la clemencia,  
 hijo mío, no es mi ánimo inclinar-  
 te á la debilidad. Haz que se afir-  
 me en tu gerarquía y tu poder con una  
 autoridad firme é incontestable, pues  
 la debilidad ha sido el principio de  
 mi asesinato.

Un reino tiene las riquezas dan-

tro de sí mismo: con que en él se han de buscar, protegiendo, fomentando y recompensando la agricultura. El comercio tiene tambien derecho á los desvelos del gobierno; mas este ramo no debe ser el primero. Haz todos los esfuerzos por desarraigar la mendiguez: los clamores de un pobre acusan y deben desconsolar á un rey mucho mas de lo que pueden engreirle las cantinelas de cien mil afortunados.

Pon en tu madre y en tu tia una confianza sin tasa. La primera merece por su carácter, la segunda por su apacibilidad, y entrambas por el afecto que me profesan, por la ternura que te muestran, y por las amarguras que han padecido.

Suple por otra parte las advertencias que no alcanzo á darte, con

las del señor de Maleshérbes, quien después de haberse dedicado á mi defensa, empleará sus virtudes en dirigir tu conducta.

También doy por supuesto, y quiero (lo que en verdad es mas verosímil en el estado actual de cosas) que seas educado, tratado y considerado como un simple particular: las prendas adquiridas y las virtudes te han de distinguir siempre, para que aun cuando no lleves la corona, hagas que te miren todos como acreedor á ella. Bien permanescas en Francia ó fuera de ella, este es el concepto á que debes aspirar, y el modo con que deben juzgarte.

La benignidad guiará todos los pasos de tu vida privada, así como la humanidad dirigirá los de tu con-

**ducta pública. No puedes figurarte cuantas enemistades acarrear las desazones domésticas; pero fuera de este motivo, ¿no es de eterna justicia el aliviar la especie de esclavitud, que la necesidad impone á tantos desgraciados dependientes?**

**Haz ademas todas tus acciones con un espíritu de justicia piadosa, que sepa hermanar la gloria del cielo con los intereses de los hombres. Debes ser apacible sin debilidad, religioso sin supersticion, justiciero sin crueldad, rey sin despotismo, ó vasallo sin bajeza y sin disgusto.**

**¡Dios mio! mira con ojos propicios este niño querido y desdichado. Tú has tenido á bien fortalecer su corazon con los embates de la desventura, y ¡ojalá salga de esta morada penetrado del amor de la sabiduría**

y del anhelo por el bien! Dignaos, Dios mio, no desampararle en el piélago de amarguras donde le han engolfado las circunstancias, para que así encuentre nuevos motivos de ejercitar la virtud, y nuevos apoyos para alcanzar la recompensa celestial.

Á Dios, mi amado hijo; mi amado y tierno Carlos, á Dios: acuérdate alguna vez de tu pobre padre, cuyo martirio estás mitigando con tu cariño. ¡Así seas tan feliz cuanto yo desdichado! este es el voto incesante, estos son los últimos deseos de tu tierno padre.

En la torre del Temple, á 13 de diciembre de 1792.

Firmado: Luis."



Esta lectura ha sido interrumpida muchas veces con los sollozos del príncipe, que se ha recostado sobre las rodillas de su padre, cuya mano ha bañado con sus inocentes lágrimas. En cuanto al rey, conceptúo que su entereza va en aumento, al paso que el peligro le acosa. Su inocencia por una parte, y por otra su resignación á la Providencia, son el fundamento de este valor extraordinario.

He comunicado á S. M. lo que habia oído en el congreso de los embajadores, y le he manifestado mi descontento. Nada extraño, me ha respondido el rey; pero vuestro esmero y vuestra amistad me enternecen y me alivian; continuad en favorecerme, y moriré con ménos amargura.

T. II.

22

Me ha llegado tres cartas, cuyo portador habla sido su Carlitos. La primera es de la reina, y contiene, con encargos y exhortaciones a la entereza, motivos (á lo menos los grados de tales) de fundadas esperanzas. La segunda, escrita por madama Isabel, encierra menos lamentos y mas consuelos; y la de la infanta, que es la tercera, expresa la ternura y el amor filial. Acompaña al billete de Antonieta una nota, que informa al rey del modo con que tratan á las princesas. No están menos duros con ellas que con el padre, pues acaban de negarles las agujas y las tigeras, que eran los medios con que minoraban el tedio de tan largas horas de martirio. Madama Isabel habia hecho un bordado alegórico para la antigua duquesa de

Serent, su amiga, y los comisarios lo han confiscado, pretestando que encierra una correspondencia misteriosa. Esta estremada y mezquina tiranía me levanta el pecho de vergüenza y de indignacion. ¡Cuán bochornoso es el tener que alternar con entes, capaces de tan viles y criminales atentados, en las cualidades y el título de hombre! Pero este título es todavía glorioso, supuesto que Luis le realza.

La presencia del príncipe, cuya ternura hechicera hace olvidar al rey el desconsuelo de su situacion, ha suspendido nuestra tarea; pues ya que le escasean tanto sus caricias, hubiera sido, en mi entender, una barbarie defraudárselas, y yo mismo no he podido ménos de distraerme algunas veces.

**DIA 21 HASTA EL 26.**

Los señores Tronchet, Deseze y yo nos hemos dedicado solos el escrutinio, exámen y confrontacion de las piezas de los autos, y á las contestaciones correspondientes. El 24 por la tarde, el señor de Deseze, que ha formado una oracion de cuanto hemos encontrado mas favorable á la causa de S. M., le ha leído su obra en presencia nuestra. El rey se ha mostrado muy satisfecho; mas yo no lo estoy tanto. Esta defensa me parece mas verbosa que elocuente, en extremo metódica y sin fuego, y falta de aquellos rasgos impetuosos y patéticos, que hacen en el alma una impresion extraordinaria, no la dejan volver sobre sí

para enterarse de lo que le pasa; y llegan con esto á convencerla. Jemas hubo causa con mejor campo; pero el orador que no deja de tener agudeza, carece de vigor: está frío, cuando debe estar acalorado, y tibio cuando debiera abrasar. El corazón, entrañable y poderosamente conmovido, acalora al entendimiento; y así lo experimenta el mío en la presente ocasión. ¡Ojalá tuviese veinte años ménos! Nunca he atesorado el don raro y sublime de la elocuencia; pero este lance me le hubiese facilitado. Yo hubiera querido inspirar la sorpresa, el asombro, la compasión y la sensibilidad en el corazón de los jueces, y hacer que los atormentasen amargamente la desespetación y el remordimiento: hubiese querido arrancar de sus ojos arroyos de lá-

grimas. No se hubiera concluido mi discurso, sin que se proclamasen á una voz la inocencia y la libertad del rey. Vergniaud, ¿por que te separan tu opinion y tu empleo de la sala nacional, en donde tu voz, resonando de extremo á extremo, hubiera hecho temblar á los conspiradores? O Lally-Tolendal, ¿por qué la desventura de los tiempos y la distancia de los sitios, no te permiten pronunciar tu afectuosa arenga, cuadro poético y animado de las virtudes de Luis, en cuya comparacion el informe de Deseze no es mas que un imperfecto bosquejo?

*DIA 26 POR LA TARDE.*

El abate de Fermont ha estado en casa al amanecer, para comunicarme una nueva idea de su alumno,

sobre cuyo logro la experiencia me ha dicho, me ha enseñado á no tener la mayor confianza. Se trataba de disipar de tal modo la comitiva de Luis XVI, en su segundo tránsito del Temple á la asamblea, que al desembocar por una de las calles solitarias, cercanas al baluarte por donde había de pasar, se pudiese certar el coche, hacer salir al rey, y meterle en una casa que tiene puerta por la espalda, que es la de un jardín de emparrados, para que por ella pudiese escapar disfrazado.

Y Lord Fitz-Asland, que ha venido á Paris inquieto por la suerte de su hijo, á quien ha estado instando en balde por espacio de tres meses para que regresase á Inglaterra, aprobaba el proyecto, y cooperaba á su ejecución.

Se ha hecho en efecto la tentativa; sea por los desvelos del abate de Ferment, ó por los de su alumno y de Eanny, los varios gefes del partido de Toulon estaban reunidos y acordados. Colocados en varias divisiones que formaban la escolta, han ido haciendo varias altos y demoras en la marcha, hasta que dada la señal se han desordenado totalmente. La ocasion era oportuna, y los caudillos de la empresa han acudido y cercado con prontitud el coche del rey, á quien Edwino ha expuesto brevemente los medios, el objeto y la necesidad urgente del intento. Pero Luis no estaba noticioso de antemano, y ha reusado con bastante desdago los servicios con que le brindaban; lo que por una parte ha desanimado á la cuadrilla de Edwino,



y por otra ha dado tiempo á uno de los comisarios que iban con el rey, para que bajase y diese aviso al comandante. El alumno del abate de Fermont ha repetido sus instancias al rey, y ha hablado con mucho empeño y eficacia al síndico Chaumette, que iba tambien en el coche, el cual se mostraba muy apurado. Todo esto ha dado mas lugar del que se necesitaba para consumir la obra; pero por mas que han pedido, rogado, instado y apremiado á Luis encarecidamente, se ha empeñado en desechar la ocasion mas oportuna, mas imprevista, y en fin la única para afianzar su libertad, su vida, y quizás una suerte afortunada. Entre tanto por el aviso del municipal, ha enviado el general sus ayudantes para reunir la tropa dispersa,

y al mismo tiempo ha hecho asestar dos cañones contra el coche, dos á cada lado del baluarte, y dos á la embocadura de la calle, por donde habian salido los conspiradores realistas. Éstos, convencidos de la imposibilidad de ser de provecho al monarca contra su voluntad, se han retirado en orden y separado al momento, para ponerse á salvo de las pesquisas de una policía justamente sobresaltada. El acompañamiento ha vuelto á formarse y tomar el camino de la convencion, mientras el rey se congratulaba de haber manifestado una generosidad, laudable en sí, pero intempestiva, cuando se trataba de arrebatar la inocencia de manos de la iniquidad.

La convencion ha oído á Luis con sosiego é interés, y Deseze ha

sido escuchado con silencio. He visto el momento en que los mas de los representantes, olvidando su fanatismo revolucionario, ó los juramentos que los encadenan á la faccion regicida, iban á obedecer al impulso de su interior. Algunas palmadas de aplauso parece que habian dado la señal; pero los ademanes amenazadores y miradas sangrientas del partido enemigo, han triunfado, por medio del terror, del acento de la persuacion y de la fuerza de la verdad.

Un libro curioso podria componerse, si se apuntasen todos los afectos y pensamientos que ha suscitado el discurso en el auditorio. Si ochenta años de vida y un estudio constante del corazon del hombre me han dado algun voto en sus faculta-

des intelectuales, estoy cierto de que la vanidad, era la que mas dominaba en casi todos los individuos. » El que fue el mas grande de los grandes, está ahora á mis plantas; su cabeza hollada con insulto puede caer á mi albedrío; puedo decir á este hombre: reina, y reinará; muere, y morirá. ¡Cuán débil es! ¡cuán poderoso soy yo! ¡Feliz siglo éste, en que se destronan los reyes para ir á tomar su asiento!” Esta viene á ser la traduccion literal de las arengas patrióticamente hinchadas, del silencio orgulloso, de los clamores sangui-narios y de los arrebatos ambiciosos. ¡Humanidad! ¡patria! ¡ídolos de las grandes almas! vuestros nombres sagrados han sido invocados por la soberbia, todavía mas que por la crueldad; vuestras imágenes reveren-

ciadas han recibido el incienso de los que ansiaban apropiársele; y el amor propio de un farsante, lastimado por los silbidos, se ha vengado con asesinatos.

Tras la peroracion de Deseze, Luis ha dirigido á la asamblea un discurso breve y patético, el cual me ha conmovido mas, sea por ilusion ó con fundamento, que la larga arenga del orador. Mientras le pronunciaba, me he puesto á observar algunos de los principales miembros de la asamblea, y en especial los del lado izquierdo. Marat se agitaba segun su costumbre; Billaud-Varennés con el puño en la mejilla, estaba como adormecido; Robespierre, cárdeno y enagenado, miraba sin ver; Orleans con su antejo examinaba alternativamente al reo,

al defensor, á algunos diputados de la derecha, y al jóven Montpensier, que estaba en una tribuna. Vergniand, y en general todos los del partido que llaman de *la Gironda*, se mostraban pensativos, meditabundos y affigidos: me pareció que veía asomar algunas lágrimas en los ojos de Manuel y de Kersaint. En cuanto á las tribunas, aunque llenas de aspectos atroces ó estraños, la magestad de aquella sesion ostentosa las dominaba con tanto imperio, que no han hecho la mas leve demostracion de desagrado.

El regreso del reo ha sido muy tranquilo.

### DIA 27.

La serenidad resplandece en el semblante de Luis, cual si fuera la

corona de su predestinación. Los devotos le invocarán como bienaventurado, los filósofos le apreciarán como sábio, y el pueblo le admirará como héroe. Ya muchos de sus guardas, desentendiéndose del mandato de despreciarle, han ido á pedirle prendas de su memoria. Vicente, empleado municipal, que ha sabido hermanar la severidad de su cargo con los miramientos debidos á todo desgraciado, ha recibido del rey la corbata que llevaba el 10 de agosto. ¡Cuántos recuerdos ofrece aquel sencillo y frágil monumento!

Luis ha sabido por este comisario, que Toulan desde el rincón del calabozo, ha comunicado á sus secuaces la esperanza que le animaba. Por no sé qué trama favorable al rey, en lugar del municipal en-

carcelado acaban de nombrar á *Michonis*, considerado por su enemigo, pero que tiene sus mismos sentimientos y sabe sus intenciones. La primera conversacion que este magistrado ha tenido con la reina, ha reanimado las esperanzas de esta princesa, la cual ha noticiado á toda priesa al rey las particularidades mas satisfactorias.

Ayer se celebró otra junta de embajadores en casa del de España, que es el caballero Ocáriz. Dumouriez se ha hallado, y sin mencionar ya sus últimos proyectos, ha leído una proclama á su ejército contra el proceso y á favor del reo. Es lástima que los treinta mil firmantes de esta pieza no estén acampados junto á París, pues amenazando desde tan larga distancia, se



hacen poco de temer. Si el general publicase el voto de una reunion armada, seria depuesto, y quizá arrestado: recelo que manifestó Lebrun, ministro de negocios estrangeros que asistió al congreso.

El caballero Ocariz ha comunicado á la junta un oficio que pasa al consejo egecutivo, y que se pondrá á la vista de la convencion. Por el conducto de su encargado de negocios, S. M. católica promete al gobierno frances, conservar en la guerra que se está preparando, una neutralidad absoluta, con tal que se le asegure la existencia y la libertad del rey su primo. En este pliego, cuyo contenido está ideado con acierto y desempeñado con el mayor decoro, me ha parecido notable esta cláusula: » Si las mudanzas en las

instituciones políticas exoneran á un país del antiguo acatamiento tributado á sus reyes, ninguna revolución podrá jamás eximir á las almas nobles del respeto debido al dolor y á la desventura."

He sabido hoy que este oficio se ha pasado á la convencion, en donde ha suscitado grandes debates, los cuales se han terminado, adoptando todos la órden del dia.

**FIN DE DICIEMBRE Y PRINCIPIO DE  
ENERO.**

Sería difícil el pintar con sus rasgos verdaderos y colores naturales el cuadro actual de los negocios. El aspecto del proceso varía todos los dias, y aun á todas horas: la opinion, mas insubsistente que

nunca, titubea y fluctúa en un pélagos de pareceres contradictorios. La guerra por escrito está en lo mas reñido de sus ataques: Nécker por una parte y Robespierre por otra, se contrastan con denuesto. Hay momentos en que el esfuerzo de los realistas se inflama; pero el de los populares es mas constante. Los republicanos, que se recelen igualmente de unos y de otros, parecen que están de mirones en la lid, en la cual apenas toman parte, sino para calcular los golpes, recordando al mismo tiempo los buenos principios. Pero ¿cómo los han de invocar con buen éxito, cuando ellos mismos han dado el ejemplo de su violacion?

Estoy recibiendo cartas de toda especie de personajes y de todos los

países, relativas al proceso del rey. Una me han entregado esta mañana del señor de Bertrand, ex-ministro de marina y refugiado en Londres; y entre varios recursos que me indican para servir al rey, el de conferenciar con Danton, á quien tiene ya prevenido, me ha causado mucha extrañeza. Por mas que me repugne el avistarme con este hombre tan célebre, haré cuanto pueda por verle.

Salgo de su casa; hemos hablado largo rato, y me parece que está muy distante á todas luces de corresponder á su reputacion. Si no me engaño, en su carácter, propenso á la indolencia, ni cabeu grandes virtudes ni grandes delitos; y si su nombre suena en la época mas horrorosa de la revolucion, es porque le ha faltado brio para desentender-

se de sus incitadores. Lo mas terrible en él es su estatura agigantada, y lo mas feroz sus razonamientos. Á mi parecer no ve él en los vaitenes revolucionarios, sino unas especulaciones de cambio, poco distintas de las de la lonja; y su objeto principal es siempre hacerse comprar, de modo que todas sus acaloradas declamaciones se pueden reducir á estas pocas palabras: ¿quién me compra?

Me ha sido sumamente trabajoso el entrar en una negociacion tan indecorosa, y el único resultado que me ha cabido es que este personaje y algunos otros no asistirán á la votacion. Sin embargo, se me hace imposible el allanar la ausencia de Robespierre, de Marat, de Barrere y de Orleans, cuyo influjo es formidable.

Chanmette, que no se precia menos de literato que de filósofo, ha consentido, en atención á ambos dictados, en que el señor de Penthièvre enviase uno de sus gentiles-hombres á cumplimentar al reo, y ofrecerle sus buenos deseos á falta de sus servicios, con tal que el apreciable autor del *Numa*, el señor de Florian, fuese el escogido para esta embajada afectuosa. Este escritor agradable la ha desempeñado con tanto decoro como sensibilidad, y Luis ha mostrado verle con entrañable satisfaccion, hablándole de sus obras, como hombre que las ha leído con aprovechamiento. Mal se parece esta lóbrega torre, le ha dicho, á las vegas floridas de Rio-hermoso; y si os diese todavía la humerada de pintar un cuadro pastoril, en verdad

que no echariais mano de los matices que os ofrece el siglo presente. Señor, ha respondido Florian, ya no hay que halagar los oídos franceses con el eco del caramillo, sino que se les debe aterrar con la relación de las atrocidades que están asolando mi patria. ¿Por qué no dejan que me ocupe libremente en el noble ejercicio de las letras? Mi pluma, ántes festiva, no iría vagando ya por ficciones, sino que me armaria con el huril penetrante de la historia, á fin de grabar para la posteridad el retrato de los verdugos y el de las víctimas. Pero me consuela la esperanza de que tras esta tempestad, que arroja sobre la Francia un turbion de sangre, amanecerá un dia despejado para presenciar el suplicio del delito y el

triunfo de la virtud. Entónces que la verdad, apadrinando los talentos, protegerá las almas independientes, podrán los Tácitos venideros internarse por los corazones de los malvados, para retratar al vivo su horrible y sangrienta imágen. Esta correrá de siglo en siglo, acompañada de las imprecaciones de nuestros últimos nietos, los cuales repetirán estremecidos sus odiosos nombres, y aclamarán llorando á los mártires de la verdadera libertad.

*DIA 14 DE ENERO.*

Zozobras y esperanzas me asaltan á un tiempo, pues todo se da la mano para fomentar las unas y las otras. La convencion, parecida á un lagar donde fermentan y hier-





ven cien elementos encontrados, no presenta mas que movimientos convulsivos y destructores. Satélites armados de puñales van y vienen por el recinto de sus sesiones; corrillos de conspiradores, de baraganes y de curiosos inundan las Tullerías; mugeres que han escapado del encierro, donde la sociedad castiga los delitos y el desenfreno, premian á los alborotadores y asesinos con sus asquerosos agasajos; los cafés, los teatros, todos los parages públicos son palestras, donde las opiniones mas opuestas se profesan con ahinco, se sostienen con acaloramiento, y paran en debates teñidos con sangre. La avilantez de los revolucionarios va en aumento de hora en hora, al paso que el denuedo de los amigos del rey se acrecienta: no parece sino

que cada partido sólo espéra el éxito del gran negocio que le agita, para romper las hostilidades y trabar la refriega. ¡Ó Dios! aleja de mi patria los males que la amenazan, y si ha de correr sangre que se derrame la mía, y se conserve la de los inocentes.

En medio de este gran caos de elementos revueltos, entre tantas pasiones desenfrenadas, y asaltado por la tempestad que está bramando á su rededor, Luis XVI está tranquilo, y parece que no tiene la menor zozobra acerca de su destino. El de su país y de su familia anublan de cuando en cuando su semblante sereno; pero su virtud habitual, su resignacion y su conformidad con los decretos de la Providencia le despejan al momento. En él se repre-

enta al vivo aquel grande, estoico á quien describe Horacio, diciendo que ve sin inmutarse cómo se viene abajo el universo conmovido, y se mantiene en pie en medio de sus ruinas.

El rey acaba de recibir de su esposa la carta siguiente, que aumenta su desconsuelo léjos de mitigarle.

## CARTA DE LA REINA

Á LUIS XVI.

*(Documentos justificativos, núm. 17.)*

»SEÑOR:

Aunque nunca condescendeis á los deseos de los que se sacrifican por servirnos, el interés de vuestra vida, que en su consideracion prepondera á todo, los obliga á una

nueva tentativa. No se trata de arrebatarlos en triunfo de este sitio horroroso para restablecernos en el trono; el tiempo y las desgracias han borrado u oscurecido á lo ménos esta brillante perspectiva. Se trata hoy de nuestra libertad, y no deja de ser en mi concepto un bien bastante apreciable, para que no tubeeis en sacrificarle esa repugnancia que mostrais en recobrarla á todo trance. Si se necesitasen otros motivos para decidiros, os haria presente el cariño de vuestra esposa el heroismo de vuestra hermana, la ternura de vuestros hijos, nuestras penas en fin, y las humillaciones, que son las que mas nos atormentan. ¿No tendriais á bien corresponder á estas finezas y sacrificios con algun tanto de condescendencia?

No puedo hablar más claro, y sin embargo en breve creo tendréis ménos motivo para dudar; pero sean cuales fueren los acontecimientos, por mas urgente que parezca el peligro, no hay que perder la esperanza. Aunque estuviéseis (me estremezco al escribirlo) aunque estuviéseis al pie del cadalso, sabed que vuestros amigos están allí prontos á morir, para que no murais vos. Pensad, señor, en ayudarles en sus designios."

He aquí, me ha dicho Luis, miéntras yo estaba copiando esta carta, he aquí un recado y unas advertencias que me trastornan. La idea de conjuración me descompone, y no puedo ménos de temer sus accesorios y sus resultados. Sangre derramada.... hombres moribundos.... la guerra civil encendida.... todo esto

me asusta y me inquieta. Sin embargo, mi consorte gime, mi familia insta, y todos padecen por mi causa.... ¡ah! no puedo menos de ceder por ellos.

www.libtool.com.cn

**DIA 15 POR LA MAÑANA.**

Los vocales han sido llamados separadamente y por sus nombres, á votar sobre esta pregunta: *¿Luis es culpable?*

Se representaba ayer en el teatro frances una pieza intitulada: *El amigo de las leyes*, que está llena de alusiones á la tiranía del partido popular y á la opresion del rey; y los retratos de Robespierre y de Marat horrorizan de puro parecidos. Todos se atropellan tras este espectáculo, que es ya un negocio de estado,

al mismo tiempo que los arrabales andan alborotados con el extremo contrario, y piden á voces la cabeza de Luis, á quien atribuyen las calamidades públicas. ¡Cuán espuesto es el hacer papel en la época de una revoluoion!

Terminada la votacion nominal, Luis ha sido declarado **CULPABLE** *con todos los votos*. Tiemblo al escribir estas palabras, pues no faltan en la convension sugetos que hermanan un entendimiento ilustrado con un corazon generoso y sensible. ¿Cómo pues han podido hallar *culpable* al que yo tenia, y tengo todavía por *inocente*? Sin duda han opinado sólo por los resultados, y no han podido internarse como yo en el corazon del reo, y leer en él las intenciones mas laudables.

**DIA 15 POR LA TARDE.**

Esta mañana me quedaba la esperanza, ó por mejor decir, tenia certeza, de que el rey no seria declarado delincuente, y que si la convencion juzgaba á propósito el mantenerle en su arresto, ó decretar destierro, no podia ser mas que por conservar la quietud pública, sin que nunca se ventilase una cuestion que no debia decidirse, así por decoro como por política; pero mis cálculos han sido errados, y mi esperanza se ha desvanecido. Habia concebido otra en la *apelacion al pueblo*, arbitrio mañoso, inventado por la Gironda, para libertar al rey del cadalso, y ponerse ella misma á salvo de los puñales de Orleans. La



honradez esforzada no procede en estos términos, lo sé muy bien; pero ¿son muchos los hombres resueltos á obrar bien, cuando una puñalada ha de ser su recompensa? Han llegado por otra parte á tal estado las cosas, que es ya preciso agradecer á muchos el mal que no hacen. En fin, la apelacion al pueblo conservaba la vida al rey y volvía por su honor, si acaso el honor, no digo de un rey sino de un hombre, puede comprometerse cuando no tiene por jueces sino las pasiones acusadoras y enemigas. Acaban de quitar á la causa y á la suerte del rey este último recurso, pues la apelacion al pueblo ha sido desechada. La historia dirá si los votos han sido libres, y si cada vocal ha procedido con arreglo á su íntimo convencimiento; ó

si pronunciados en presencia de Orleans que amenaza, y del jacobinismo que murmura; han sido efecto de la seducción ó del miedo. Como quiera, si sucediese que el rey no quedase condenado mas que al arresto ó al destierro, era preciso, consultando con los principios y con la legislación de hoy día, mirar esta sentencia como una gracia, puesto que de la solución afirmativa de la primera cuestión se sigue necesariamente que sea castigado con la pena capital.

#### *DIA 16 Y 17.*

Están deliberando sobre la vida de Luis; y aunque me esfuerzo en reflexionar que no es mas que un hombre, en este momento terrible,

en que se pronuncia si ha de quedar ó no en la lista de los vivos, no se puede apartar de mí el recuerdo de su grandeza pasada. Por una fusión, propia del corazón y totalmente ajena del discurso, se me figura que la naturaleza se sobresalta, que el cielo se entolda, y que el sol cubre de luto sus tristes resplandores. No encuentro por las calles sino rostros pálidos, silenciosos y despavoridos; y al entrar en la convención, donde se está deteniendo la suerte del hombre que fue rey, veo en medio de los diez órdenes de jueces á la muerte, que con pluma ensangrentada va anotando sus pareceres. ¡Qué horroroso silencio! sólo le interrumpen aquellas palabras fúnebres, que desde la tribuna resuenan alternativamente y se

estienen hasta el extremo de la sala: el arresto, el destierro, la muerte.... LA MUERTE..... ¡Ó maldad suma! ¡Ó ceguedad insudita! he oído este grito de boca de un pariente de Luis, de boca de Orleans. Un murmullo de pavor ha corrido de fila en fila, y subiendo hasta quien le causaba, ha debido convencerle de que el cetro á que aspira, acaba de romperse para siempre. No, Felipe: la Francia no hincará la rodilla ante quien se ha mancillado con la sangre de su rey; teme que en lugar de un trono te levante un cadalso, y que tu sangre quede condenada á lavar el borron de la de Luis.

LA MUERTE,... esta palabra terrible ha traspasado mis oídos y mi corazón, trescientas ochenta y siete

vaces. ¿Con qué está echada la suerte, y Luis ha de morir?

Hoy 17 en la madrugada me he presentado en la torre del Temple, donde me han registrado escrupulosamente; y con este motivo he sabido que las precauciones para el resguardo del preso se habían hecho mas rigurosas desde ayer. Clery, que me ha introducido en el cuarto del rey, me ha dicho que estaba leyendo la historia de Carlos I., á fin sin duda de encontrar en los instantes postreros de aquel príncipe, con quien tiene tanta semejanza, un modelo á quien imitar en su conducta. No bien he entrado, cuando las lágrimas han anublado mis ojos, y he sentido correr por mis venas y rodillas un frio temblor. Me he arrojado á los pies del monarca des-

venturado, á quien esta acción ha revelado su sentencia; pero no por esto ha mostrado susto ni extrañeza. Tras un breve silencio, ha levantado al cielo sus ojos y sus manos, y ha exclamado suspirando: querida esposa, hijos míos: ¿qué va á ser de vosotros? Mas luego desentendiéndose del pormenor de su sentencia, se ha ocupado sólo de mí y de mi pena: no parecía sino que él era el controlador, y yo el sentenciado.

En aquel punto Michonis, empleado municipal, á pretesto de informar al rey de un pequeño incendio que se había visto la noche anterior en el palacio del Temple, entró para darle mil consuelos y esperanzas. Luis se lo agradeció, pero de modo que me hizo ver que no le quedaba ninguna. Para mi mujer,

dijo, para mi familia, y sobre todo para mi pobre hijo, pido yo vuestros desvelos. — El municipal se retiró traspasado de dolor.

Por mas desesperanzado que yo estuviese, no pudiendo avenirme á ver morir al rey en un cadalso, le hablé de la prerogacion, como de una tabla que le quedaba en medio del naufragio. Luis se me sonrió con afabilidad, y me dijo: sois ingenioso para engañaros á vos mismo, y para darme alguna ilusion: tengo mucha confianza en vos, mi querido Malleshérbes; permitidme sin embargo que no la tenga en vuestras predicciones. Las sacais del fondo de vuestros deseos; pero los proyectos de los ambiciosos tienen otros fundamentos mas sólidos y seguros.

*DIA 18.*

Un nuevo acuerdo de la casa de ayuntamiento quita al preso el consuelo de recibir á sus amigos, y así me he presentado en vano cuatro veces á las puertas del Temple. Este desventurado príncipe queda sólo con su conciencia, y anticipadamente en presencia de Dios. ¡Providencia eterna, religion santa, mitigad sus últimos momentos!

*DIA 19.*

Los tristes presentimientos del rey se han realizado, pues ha salido negada la solicitud de prorogar la causa, y la pena de muerte debe egecutarse dentro de veinte y cuatro



horas. Los amigos del rey están como anonadados: el abate de Fermont ha estado en mi casa, sin espresar mas que con sollemos el horror y la pena que le acongoja. Milord Fitz-Astand y su hijo quisieran todavía renovar la trama inutilizada por la debilidad de Luis; pero ¿qué harán sino es-  
ponerse sin provecho y perderse sin salvarle?

Despues que se ha expedido el decreto de muerte contra Luis, mis compañeros, los defensores y yo nos hemos presentado en la convencion, para lidiar con ella sobre los restos de la vida del monarca. Deseze ha empezado entregando al presidente la *apelacion*, que presenta á la nacion, del juicio de los representantes; luego arengando con mucho brío y enardecimiento, ha demostrado

do que en el acto de aplicar al rey la última disposición del código penal, que es la sentencia de muerte, no se había contado con la parte mas esencial para su justificación, que es la obligación estrecha é indispensable de reunir las tres cuartas partes de los votos. Un largo debate se ha suscitado sobre este punto entre Tronchet, que ha desentrañado metódicamente el principio que Deseze habia espuesto en sus rasgos oratorios, y Merlin de Douay, que se ha encargado de refutar á Tronchet; Guadet que parecia de la misma opinion, Barrere que le ha respondido, y Robespierre que ha redarguido á éste con personalidades.

He querido decir algunas palabras; pero mis talentos y elocuencia no han correspondido á mi celo, y

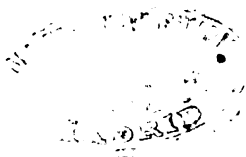
me he visto sobrecogido de la turbacion y del dolor.

El síndico Chaumette ha presentado al consejo general un acuerdo, digno de una magistratura de Caribes: se ha decretado que hubiese iluminaciones en demostracion de regocijo. ¡Pueblo desventurado, en que escaso de depravacion te encenagan tus tiranos! Sobre ensangrentarte en tu rey, tratado como culpable, y condenado á muerte, ¿aun quisren envilecerte hasta el punto de que le insultes? Bien se guardan de decirte que la verdadera justicia es la que impone el castigo apartando los ojos, y que cuando se entretiene con los dolores que causa y está mirando á la víctima, ya pasa á ser venganza.

DIA 20.

Aquí acaba mi dolorosa tarea, y empieza la del abate de Hermont. Su pluma verídica va á continuar y concluir este diario lastimero, cuyas páginas serán pábulo de la ansiosa curiosidad, y sobre las cuales el arrepentimiento y la piedad llorarán amargamente, clamando hasta los últimos siglos á favor de Luis XVI y contra sus asesinos.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.



[www.libtool.com.cn](http://www.libtool.com.cn)



[www.libtool.com.cn](http://www.libtool.com.cn)

[www.libtool.com.cn](http://www.libtool.com.cn)





[www.libtool.com.cn](http://www.libtool.com.cn)

[www.libtool.com.cn](http://www.libtool.com.cn)

www.libtool.com.cn